

SERVICIO SECRETO

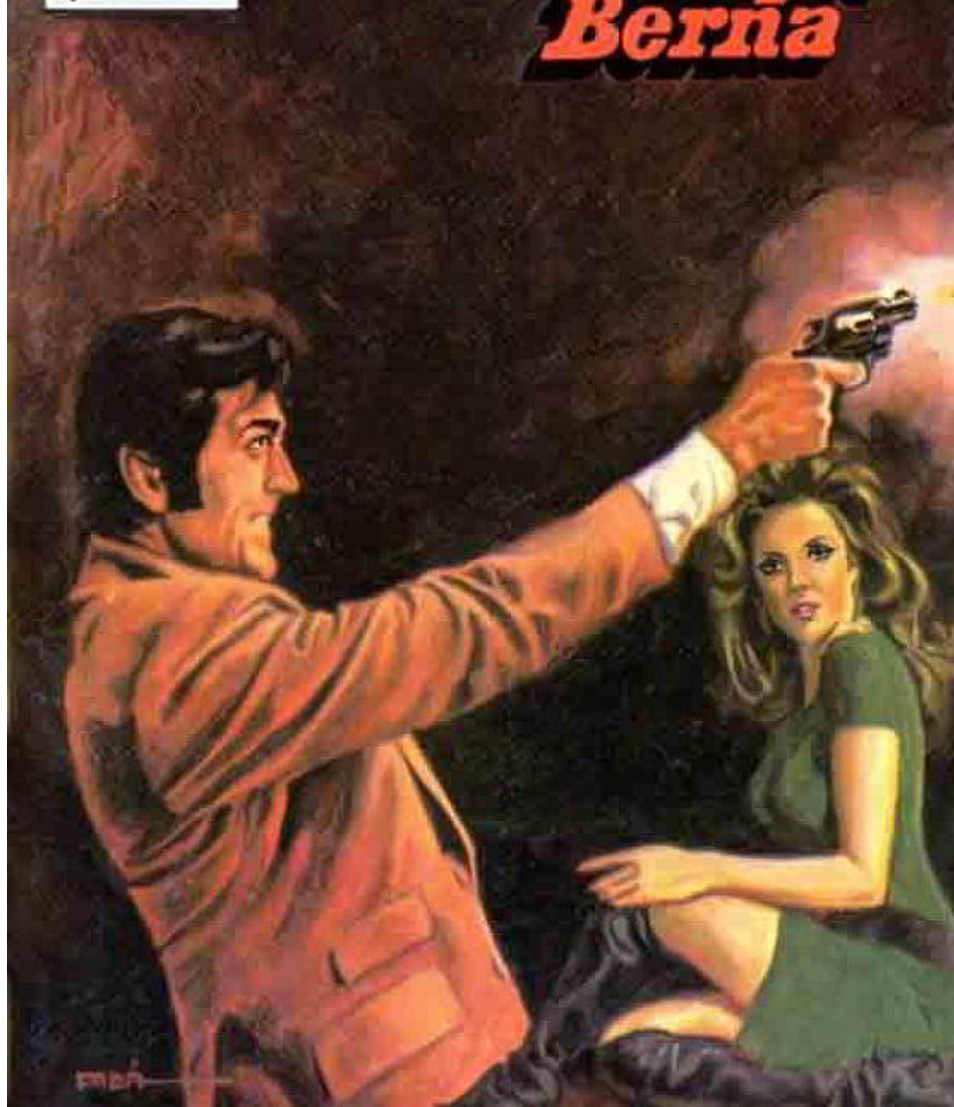
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

«LA ESPIA
QUE ME ODIABA»

**Joseph
Berná**



John Falkerburg, eminente físico nuclear, concluyó su jornada laboral y abandonó el Centro Espacial de Houston. Lo hizo, como de costumbre, fuertemente escoltado, porque era un personaje muy importante y no se podía descartar la posibilidad de un intento de secuestro.

O de un atentado, incluso, porque el profesor Falkerburg estaba trabajando en el «Proyecto Ulises», la idea más ambiciosa de cuantas hasta la fecha había emprendido la NASA.

Si se hacía realidad, los Estados Unidos habrían dado un paso de gigante en lo que desde los años sesenta se venía llamando «la carrera espacial».



Joseph Berna

«La espía que me odiaba»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1766

ePub r1.0

Lds 12.03.19

Título original: *«La espía que me odiaba»*

Joseph Berna, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

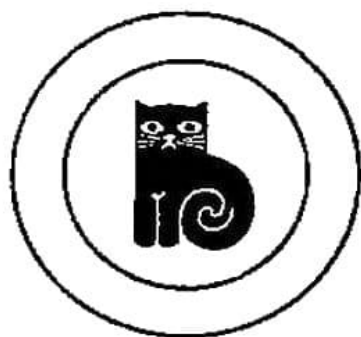
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

John Falkerburg, eminente físico nuclear, concluyó su jornada laboral y abandonó el Centro Espacial de Houston. Lo hizo, como de costumbre, fuertemente escoltado, porque era un personaje muy importante y no se podía descartar la posibilidad de un intento de secuestro.

O de un atentado, incluso, porque el profesor Falkerburg estaba trabajando en el «Proyecto Ulises», la idea más ambiciosa de cuantas hasta la fecha había emprendido la NASA.

Si se hacía realidad, los Estados Unidos habrían dado un paso de gigante en lo que desde los años sesenta se venía llamando «la carrera espacial».

Una carrera que el otro competidor, la Unión Soviética, también quería ganar. Y, al igual que los Estados Unidos, no escatimaba recursos en su afán por triunfar y superar a su más directo rival.

John Falkerburg era una pieza clave en el «Proyecto Ulises». La más importante de todas, ya que, sin él, no podría llevarse a cabo el proyecto.

Era el cerebro.

El hombre que había concebido la idea, gracias a su extraordinaria inteligencia. Para él, la física nuclear no tenía prácticamente secretos. Llevaba muchos años estudiándola y experimentando con ella, lo que le había permitido realizar importantes descubrimientos y colaborar en numerosos proyectos espaciales.

En todos los que había desarrollado la NASA, prácticamente.

Y eso que John Falkerburg no era un hombre viejo, como podría pensar quien no lo conociera. Tenía exactamente cuarenta y ocho años. Lo que sucedía, es que había empezado muy joven y se había

dedicado casi por entero a la ciencia, sacrificando horas de sueño, descanso y diversiones.

Quizá por eso no se había casado, pese a ser un tipo alto y apuesto, muy varonil, de los que gustan a las mujeres al primer golpe de vista.

Pero el profesor Falkerburg había tratado a tan pocas...

El coche en el que viajaba el prestigioso físico, un Mercedes-Benz plateado, era conducido por un agente de seguridad. Junto a éste iba otro agente con los ojos bien abiertos.

John Falkerburg iba en el asiento trasero, solo, con un portafolios sobre las rodillas. Algunos metros más atrás circulaba un sedán negro, con otros cuatro agentes de seguridad de la NASA instalados en él, dispuestos a intervenir al menor síntoma de peligro.

La casa del científico se alzaba a unos ocho kilómetros del Centro Espacial, en una zona tranquila, muy saludable. Era una casa grande, muy hermosa, rodeada de césped, setos, plantas de todas clases y árboles.

Durante el día, mientras el profesor Falkerburg se hallaba en el Centro Espacial, trabajando, cuatro agentes de seguridad custodiaban la casa impidiendo que nadie pudiera penetrar en ella.

Ni siquiera acercarse.

El Mercedes-Benz y el sedán negro alcanzaron la casa sin novedad y se detuvieron frente a ella, descendiendo sus ocupantes. El profesor Falkerburg, con su portafolios en la mano izquierda, entró en la casa y fue directamente al salón.

Tenía por costumbre tomar una copa antes de cenar, y solía preparársela él mismo. El servicio, huelga decirlo, era de absoluta confianza, ya que había sido elegido por el Departamento de Seguridad de la NASA, que no dejaba ningún cabo suelto.

Mientras John Falkerburg se servía la copa, un descapotable azul se aproximó a la casa, conducido por una mujer de frondosa cabellera rubia y rostro sumamente atractivo.

Iba sola en el coche, pero a pesar de ello, y de ser una mujer, los agentes de seguridad de la NASA que custodiaban la casa echaron mano de sus armas.

Todos llevaban pistola automática.

La mujer rubia, que no tendría más de veinticuatro o veinticinco

años de edad, detuvo el descapotable azul al verse apuntada por las pistolas de los agentes de seguridad, aunque no denotó temor alguno.

Por lo visto ya contaba con ella.

—No vengo a secuestrar al profesor Falkerburg, ¿saben? —dijo, con una ligera sonrisa.

Los agentes, que ya rodeaban el coche, observaron a la bella rubia, que también era algo muy serio de cuello para abajo. El escote del vestido, bastante pronunciado, permitía contemplar sus altivos senos, que eran realmente tentadores. También sus piernas, de muslos largos y esbeltos, eran una tentación. El vestido tenía una abertura frontal bastante atrevida y la exhibición de remos era sumamente generosa.

Los agentes de seguridad, hombres al fin, sintieron un significativo cosquilleo en la sangre al ver tanta cosa hermosa, aunque no por ello iban a dejar de cumplir con su obligación.

—¿Quién es usted? —preguntó el responsable de la seguridad personal del profesor Falkerburg.

—Me llamo Katia Tennant —respondió la rubia—. ¿Y usted...?

—Soy yo quien hace las preguntas.

—Muy bien. Hágalas.

—¿Por qué ha venido?

—Quiero hablar con el profesor Falkerburg.

—¿Sobre qué?

—Es un asunto personal.

—¿Conoce al profesor Falkerburg...?

—Desde luego.

—¿Le espera él?

—No, pero se alegrará de verme.

—¿Está segura?

—¿No se alegraría usted, si estuviera en su lugar...? —sonrió atrevidamente la rubia.

—Está bien, espere aquí —ordenó el jefe de los agentes de seguridad.

—No me moveré, descuide. Con tantas pistolas apuntándome...

El tipo entró en la casa y fue al salón, sabiendo que encontraría allí al científico. John Falkerburg se había sentado en el sofá y estaba ingiriendo un sorbo de licor.

—Disculpe, profesor.

—¿Ocurre algo, Bowman?

—Una tal Katia Tennant quiere verle.

—¿Katia qué...?

—Tennant. Ella asegura que le conoce.

—No me suena el nombre... ¿Cómo es esa mujer, Bowman?

—Joven, rubia, atractiva, con un buen busto tentador y unas piernas sensacionales.

El físico nuclear sonrió.

—Después de una descripción así, sería un tonto si no la recibiera, ¿no cree?

—¿La hago pasar, entonces?

—Sí, Bowman.

El jefe de los agentes de seguridad se retiró, salió de la casa, y dijo:

—Puede salir del coche, Katia.

La rubia cogió su bolso y salió del descapotable, yendo hacia el jefe de los agentes de seguridad. Todos los ojos se clavaron en las curvadas caderas de la chica y en su magnífica grupa, descaradamente marcada.

—Sígame —indicó Bowman, entrando en la casa.

Katia Tennant entró también.

Bowman se detuvo en el vestíbulo y pidió:

—El bolso, por favor.

—¿Para qué lo quiere?

—Tengo que registrarlo.

—No llevo ninguna pistola en él, si es eso lo que teme.

—Vamos, dímelo —insistió Bowman.

—Está bien, compruébelo usted mismo —suspiró la rubia, y le entregó el bolso. El jefe de los agentes de seguridad lo abrió y examinó todo lo que Katia Tennant llevaba en él, que no era mucho. Y ninguno de los objetos entrañaba peligro alguno para John Falkerburg, por lo que Bowman cerró nuevamente el bolso y se lo devolvió a su dueña.

—¿Se ha convencido ya, desconfiado? —dijo Katia.

—Ahora tengo que registrarla a usted.

—Me niego a que me ponga las manos encima.

—Entonces, tendrá que marcharse.

—Pero ¿qué pueden temer de una mujer sola...?

—Todo.

Katia Tennant lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien, regístreme. Pero sin aprovecharse, ¿eh?

Bowman esbozó una sonrisa y empezó a cachearla. Le tocó los pechos, la cintura, las caderas, los muslos...

—Si me tantea también el sexo, le doy una bofetada —advirtió la rubia.

—Podría ocultar algo en sus braguitas —carraspeó Bowman.

—No sea ridículo.

—Lo siento, pero es mi deber asegurarme. Soy el responsable de la seguridad personal del profesor Falkerburg.

—¿Sabe él lo que está haciendo usted conmigo?

—Desde luego.

—Me están entrando ganas de marcharme —rezongó Katia.

—Es usted muy dueña —repuso Bowman.

—No, continúe. Tengo que ver al profesor Falkerburg.

—Muy bien.

Bowman tanteó las finas braguitas de la rubia, tan reducidas que allí no se podía esconder ni una tarjeta de visita. Katia no pudo evitar una ligera contracción cuando los dedos masculinos tomaron contacto con su intimidad.

—Aquí no hay nada —dijo el jefe de los agentes de seguridad, retirando la mano.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Katia.

—Bowman; Clif Bowman.

—Le odio, Bowman.

—Me he limitado a cumplir con mi obligación. —¡Y un cuerno!

—Sígame, Katia —sonrió Bowman, y echó a andar.

CAPÍTULO II

Katia Tennant apretó los dientes y siguió al responsable de la seguridad personal del profesor Falkerburg, reprimiendo sus deseos de atizarle con el bolso en la cabeza.

Tendría que levantar bastante la mano, porque Cliff Bowman rondaba los dos metros de estatura. Tenía la espalda ancha y los hombros robustos, el pelo negro y las facciones viriles.

Katia calculó que frisaría los treinta y dos años de edad. Era, por tanto, un tipo joven. Y debía de ser muy eficaz, pues, de lo contrario, no lo habrían nombrado jefe de los agentes de seguridad de la NASA que protegían el profesor Falkerburg.

Bowman alcanzó el salón, abrió la puerta, e indicó:

—Pase, Katia.

—Porque ahora se muestre amable, no voy a dejar de odiarle —advirtió la joven.

—Me tiene absolutamente sin cuidado.

—¡Antipático!

—Entre de una vez.

Katia apretó los labios y penetró en el salón, seguida de Bowman, quien miró a John Falkerburg y dijo:

—La señorita Tennant, profesor.

El científico, que ya se había puesto cortésmente en pie, dejó su copa sobre la pequeña mesa de mármol y se aproximó, exhibiendo una afable sonrisa.

Katia fue a su encuentro, sonriendo aún más ampliamente que él.

—Cuánto me alegro de volver a verle, profesor Falkerburg.

—¿Es que nos habíamos visto antes...?

—¡Naturalmente! —aseguró Katia, estrechando la mano del

científico, aunque no se conformó con eso.

Le dio un beso en la mejilla.

El físico, sorprendido, se quedó mirándola.

Katia compuso un gracioso mohín de disgusto.

—¿Es posible que no me recuerde, profesor...?

—Pues la verdad es que en este momento... —carraspeó Falkerburg.

—Es el primer hombre que me olvida desde que me hice mujer. Y creo que no se lo voy a perdonar.

—Lo siento mucho, de veras. Pienso tanto en mi trabajo, que el resto de las cosas escapan de mi memoria y...

Katia se cogió familiarmente de su brazo y sonrió de forma contagiosa.

—Le disculparé por eso, profesor. Sé que es un hombre muy ocupado y no debo tomar en cuenta su olvido.

—Gracias por ser tan comprensiva, señorita Tennant.

—Le recuerdo que mi nombre es Katia.

—¿Dónde nos conocimos, Katia?

—En... Se lo diré cuando se largue ése —gruñó la rubia, mirando ceñudamente a Cliff Bowman.

John Falkerburg lo miró también e indicó:

—Puede retirarse, Bowman.

—Bien.

El jefe de los agentes de seguridad salió de la lujosa estancia y cerró la puerta.

—Le odio, ¿sabe? —dijo Katia.

—¿Se refiere a Bowman...?

—Sí.

—¿Por qué le odia usted, Katia?

—Me cacheó como si fuera un delincuente.

Falkerburg tosió.

—Es su deber, Katia. Es el responsable de mi seguridad personal y no deja que nadie se acerque a mí sin antes...

—Eso me parece muy bien, profesor, porque es usted un hombre muy importante y hay que tomar precauciones. Pero Bowman se pasó conmigo. Me vio joven y atractiva, y se aprovechó.

—No creo a Bowman capaz de...

—¿Por qué?

—Lo conozco bien y es un tipo excelente.

—Tanteó todos mis relieves femeninos. Y después, alegando que podía llevar algo oculto en mis braguitas, tanteó también...

Falkenburg tosió de nuevo, con más fuerza que antes.

—Le ruego que disculpe a Bowman, Katia. Me consta que no lo hizo con mala intención. —Lo siento, pero como no estoy acostumbrada a que me traten así, no perdonaré a ese hombre.

—Está bien, olvidémonos de él y hablemos de usted, Katia. ¿Cuándo y dónde tuve el placer de conocerla...?

—En el Centro Espacial, hace aproximadamente un año.

—¿En el Centro Espacial...?

—Concedió usted una rueda de prensa. Entre los periodistas invitados, me encontraba yo, representando a la revista científica «Mundo Futuro».

—«Mundo Futuro»... —repitió quedamente Falkenburg, mientras forzaba su memoria.

—Fue usted muy amable conmigo, profesor.

—¿De veras?

—Sigue sin recordarme, ¿eh?

—Pues...

—Si no fuera usted quien es, le tiraría de las orejas.

El científico rió.

—Le autorizo a hacerlo, Katia. Creo que me lo merezco.

—¿Lo dice en serio?

—Desde luego. Un rostro y una figura así no deben olvidarse jamás; es absolutamente imperdonable.

—¡Eso es un piropo! —se alegró Katia.

—Está justificado.

—Entonces, en vez de un tirón de orejas, le daré un beso.

—¿Otro...?

—Éste será distinto, profesor —sonrió cautivadoramente Katia, cuando ya posaba sus manos en los hombros masculinos.

Falkenburg fue a decir algo, pero los labios de la periodista, carnosos y brillantes, le sellaron la boca en un dulce y maravilloso beso, que le dejó como flotando en una nube.

Después, Katia preguntó:

—Le ha gustado más que el otro, ¿verdad?

—¿Cómo?

—El beso, profesor.

—Oh, sí, el beso...

—¿Por qué no nos sentamos, profesor? —sugirió Katia.

—Será lo mejor, porque su beso me ha dejado turulato —confesó el científico.

La periodista rió.

—¡Qué simpático es usted, profesor!

Se sentaron en el sofá.

Katia, naturalmente, le sacó partido a la abertura frontal de su vestido, realizando una formidable exhibición de piernas, que inmediatamente acaparó la atención de John Falkerburg.

—¿Cuántos concursos de belleza ha ganado usted, Katia? —preguntó el físico nuclear.

—Ninguno.

—No me lo explico.

—Lo mío es el periodismo científico, profesor. No me gustan los concursos de belleza y no me he presentado jamás a ninguno.

—Triunfaría en todos, estoy seguro.

—Prefiero triunfar en mi profesión. Sé que es mucho más difícil, pero me dejaría mucho más satisfecha.

—Espero que lo logre, Katia.

—Gracias, profesor.

Falkerburg carraspeó, porque la visión de los excitantes muslos de la periodista le resecaba la garganta.

—Estaba tomando una copa cuando usted llegó. ¿Le sirvo una a usted, Katia...? —sugirió.

—Sí, por favor —aceptó la rubia—. Así podremos brindar por sus éxitos, profesor.

—Y por los suyos.

—También.

Falkerburg se levantó y fue hacia el bar, que se hallaba magníficamente surtido.

—¿Qué prefiere tomar, Katia?

—Lo mismo que usted, profesor.

—Bien.

Mientras el científico le preparaba la copa, Katia acercó disimuladamente su mano izquierda a la bebida que Falkerburg dejara sobre la mesa de mármol.

En el dedo anular, llevaba una sortija de oro con un hermoso topacio engastado en ella. La periodista accionó un diminuto resorte, con mucho disimulo, y la piedra preciosa se elevó.

Era la tapa de un minúsculo compartimiento secreto, en el que Katia llevaba un polvo blanco. Ladeó la mano y la droga cayó en la copa del profesor Falkerburg, disolviéndose en unos segundos.

No quedó ni rastro de ella.

Katia, que ya había retirado la mano de la copa, cerró el diminuto compartimiento secreto que poseía su preciosa sortija y esperó a que el físico nuclear regresara con su bebida.

Falkerburg acabó de prepararla y volvió con la copa.

—Aquí tiene, Katia.

—Gracias.

El científico se sentó nuevamente en el sofá y volvió a posar su mirada en las hermosas piernas de la periodista.

—Brindemos, profesor.

—Sí —carraspeó Falkerburg.

Hicieron estrechar sus copas con suavidad y después ingirieron sendos sorbos de licor. La droga vertida en la bebida del físico nuclear, muy poderosa, hizo rápidamente efecto y John Falkerburg pareció convertirse en un robot.

No se movía, no pestañeaba, y tenía la mirada perdida.

Katia esperó unos segundos más y después, con una suave sonrisa, pidió:

—Háblame del «Proyecto Ulises», profesor Falkerburg.

CAPÍTULO III

John Falkerburg, con la voluntad totalmente anulada por la droga que había ingerido, empezó a revelar los secretos del ambicioso proyecto espacial que la NASA había emprendido.

Lo hacía en tono quedo y sin alterar el gesto, como un autómatas, pero Katia Tennant entendía perfectamente lo que decía e iba almacenando en su cerebro la valiosa información que el científico le estaba facilitando.

De vez en cuando, la periodista miraba hacia la puerta. Temía que Cliff Bowman entrara de pronto y descubriera que el profesor Falkerburg se hallaba bajo los efectos de una droga.

Por suerte para ella, el jefe de los agentes de seguridad de la NASA encargado de proteger al físico nuclear no apareció y éste pudo informarle con detalle del «Proyecto Ulises».

Katia consultó su pequeño reloj y calculó que al profesor Falkerburg le quedaban apenas un par de minutos para volver a ser dueño de su voluntad, así que dijo:

—Beba un poco más, profesor.

El científico se llevó lentamente la copa a los labios e ingirió un nuevo sorbo de licor, lo que le iba a obligar a seguir pareciendo un robot varios minutos más.

Era el tiempo que Katia necesitaba para abrir el portafolios del profesor Falkerburg, ojear los documentos y las notas que el científico guardaba en él y fotografiar todo lo que se relacionase con el «Proyecto Ulises».

La periodista se levantó del sofá, tomó el portafolios, que descansaba sobre un sillón y lo abrió. Después abrió su bolso y extrajo el lápiz de labios, que era en realidad una diminuta cámara fotográfica secreta.

Los documentos y las notas que contenía el portafolios, estaban todos relacionados con el importante proyecto especial, así que Katia se apresuró a fotografiarlos.

Entre foto y foto, echaba una fugaz mirada a la puerta del salón, pues seguía temiendo la aparición de Cliff Bowman. Si la sorprendía fotografiando los documentos y las notas que el profesor Falkerburg llevaba en su portafolios, le sería muy difícil escapar, por no decir imposible.

La suerte le acompañó de nuevo y el responsable de la seguridad personal del eminente físico nuclear no apareció. Katia fotografió el último documento, cerró el portafolios, y guardó el falso lápiz labial en su bolso.

Volvió a sentarse en el sofá.

John Falkerburg seguía bajo los efectos de la droga y no se había enterado de nada.

Cuando recobrase el control de su voluntad, no podría recordar que le había hablado del «Proyecto Ulises» a la periodista de la revista científica «Mundo Futuro» ni que ella había abierto su portafolios y lo había fotografiado todo.

Katia consultó nuevamente su reloj.

Faltaba muy poco para que el profesor Falkerburg volviera a ser dueño de su voluntad. Y, como la periodista no quería que ingiriese más droga, le quitó la copa de la mano y vació su contenido detrás del sofá, dejándola seguidamente sobre la mesa de mármol.

Después Katia pasó sus brazos por el cuello del científico y unió su boca a la de él, para que la encontrara así, besándole, cuando la droga dejara de causar efecto.

* * *

Cliff Bowman permanecía cerca de la puerta del salón, por si el profesor Falkerburg le necesitaba o simplemente le llamaba. Había encendido un cigarrillo, que ya estaba prácticamente consumido, porque Katia Tennant llevaba bastantes minutos con el científico.

Bowman arrojó la colilla y se acercó más a la puerta del salón, hasta pegar prácticamente la oreja a ella. Esperaba oír algo, pero no oyó nada.

No era normal.

¿Por qué no hablaban el profesor Falkerburg y la rubia?

¿Qué estaban haciendo?

Bowman decidió averiguarlo.

Sabía que no estaba bien espiar y que el profesor Falkerburg podía enfadarse con él, si le sorprendía rompiendo aquel rato de intimidad, pero le habían encargado velar por su seguridad personal y el silencio que reinaba en el salón le tenía mosqueado.

Bowman abrió la puerta, pero sólo un centímetro y sin causar el más leve ruido. Aplicó el ojo a la grieta y descubrió que John Falkerburg y Katia Tennant se estaban besando.

«¡Diablos con el profesor!», exclamó con el pensamiento.

Se disponía ya a cerrar la puerta, cuando advirtió que el científico no colaboraba en el beso ni en el abrazo. Toda la pasión corría a cargo de la hermosa Katia.

Y tampoco eso le pareció normal a Bowman.

¿Por qué el profesor Falkerburg permanecía tan quieto?

¿Por qué sus brazos no rodeaban y estrechaban el escultural cuerpo de la rubia? ¿Cómo podía mostrarse insensible a los muchos encantos de la sensual y ardiente Katia?

Bowman, extrañado, siguió observando al científico y a la rubia. Y, como John Falkerburg seguía sin reaccionar, decidió entrar y averiguar qué diablos le ocurría.

Katia, que no perdía de vista la puerta, maldijo con el pensamiento al ver aparecer al jefe de los agentes de seguridad, porque el profesor Falkerburg continuaba bajo los efectos de la droga y todo el plan se podía venir abajo.

¡Y sólo por un minuto o dos!

¡El científico no tardaría mucho más en volver a la normalidad!

Con el fin de ganar ese tiempo tan precioso, Katia siguió besando y abrazando al físico nuclear, como si no se hubiera percatado de la presencia de Cliff Bowman.

Éste, cada vez más extrañado por la total inmovilidad del científico, emitió un carraspeo y se dejó oír:

—Profesor Falkerburg...

Katia no tuvo más remedio que separar su boca de la del físico y miró a Bowman por encima del hombro de Falkerburg.

—¿Quién diablos le ha llamado? —dijo, ceñuda.

—¿Qué le pasa al profesor?

—Nada.

—¿Por qué no me responde? ¿Por qué no me mira? ¿Por qué está tan quieto?

—Mis besos son tan sabios que paralizan.

—¿De veras?

—Lárguese, vamos.

—¿Por qué no me besa a mí, a ver si también me quedo paralizado?

—A usted no puedo besarle, Bowman, porque le odio.

—Por lo del cacheo, ¿eh?

—No fue un cacheo, sino un sobeo. Y de los más descarados.

Bowman sonrió y se acercó.

—¡Le he dicho que se largue! —gritó Katia.

—Cuando sepa lo que le ocurre al profesor.

—¡No le ocurre nada!

—Tengo la obligación de comprobarlo.

Katia se veía ya descubierta, cuando, de pronto, el profesor Falkerburg abandonó su inmovilidad y murmuró:

—¿Qué ha pasado?

Katia, huelga decirlo, se llevó una alegría inmensa al ver que la droga había dejado de causar efecto. No obstante, supo disimularlo y pidió:

—¡Eche a Bowman, profesor! ¡Nos está molestando!

El científico se volvió y miró al responsable de su seguridad personal, al tiempo que se llevaba la mano a la sien.

—Bowman...

—¿Se encuentra usted bien, profesor?

—Pues, la verdad es que...

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé.

Katia se apresuró a intervenir:

—Yo se lo diré, profesor. Le he dado un beso y se ha quedado usted más turulato que antes.

—¿De veras...?

—Mis besos son muy apasionados, profesor —aseguró Katia, con maliciosa sonrisa—. No seré yo quien lo discuta —carraspeó Falkerburg—. Me siento hasta un poco mareado...

Katia rió.

—Será mejor que me vaya, profesor —dijo, poniéndose en pie—. No quiero que pase una mala noche por mi culpa.

Falkerburg trató de incorporarse también, pero su mareo se acentuó y tuvo que desistir.

—Madre mía, cómo estoy.

Katia le puso la mano en el hombro y dijo:

—No se levante, profesor. Sé llegar sola hasta la puerta.

—Acompáñela usted, Bowman —pidió el científico.

—Prefiero que se quede con usted, profesor —dijo la periodista—. Ya sabe lo mal que me cae Bowman.

—La voy a acompañar, aunque no le guste —habló el jefe de los agentes de seguridad, cogiéndola del brazo—. Vamos.

Katia adivinó que Bowman sospechaba algo y prefirió no ofrecer resistencia. Se dejó sacar del salón, mientras pensaba en la forma de librarse del responsable de la seguridad personal del profesor Falkerburg.

Tan pronto como estuvieron fuera de la estancia, Bowman se detuvo y, sin soltarle el brazo, preguntó:

—¿Qué le hiciste al profesor, rubia?

La respuesta de Katia fue elevar bruscamente su rodilla derecha e incrustársela entre los muslos, con matemática precisión.

CAPÍTULO IV

Cliff Bowman soltó inmediatamente el brazo de Katia Tennant y se llevó las manos al bajo vientre, ahogado de dolor. Cualquier otro hombre se hubiera derrumbado en el acto, tras un golpe así, pero él siguió en pie.

Encogido y tambaleante, pero en pie.

La espía rubia, que no podía permitir que el jefe de los agentes de seguridad diese la alarma, levantó su mano derecha y la proyectó de canto sobre el cuello de Bowman.

El golpe de karate, perfectamente ejecutado, obligó al responsable de la seguridad personal de John Falkerburg a desplomarse, aunque no llegó a perder totalmente el conocimiento.

Su resistencia era tal, que aún tuvo fuerzas para tratar de incorporarse. Katia, asombrada, le asestó un nuevo golpe de karate, con la misma mano, y esta vez sí logró que Cliff Bowman quedara inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

La falsa periodista echó a correr hacia la puerta. No sabía cuánto tiempo tardaría en despertar el jefe de los agentes de seguridad, o cuánto tiempo tardarían en descubrirlo tirado en el suelo, frente a la puerta del salón, pero debía aprovechar al máximo esos minutos.

Tenía que alejarse de la casa del profesor Falkerburg todo lo posible, porque era seguro que los agentes de seguridad de la NASA se iban a lanzar en su persecución como perros rabiosos en cuanto Cliff Bowman volviese en sí o fuese descubierto por alguien.

Katia alcanzó la puerta y salió de la casa.

Ahora, claro, ya no corría, porque eso hubiera despertado las sospechas de los agentes de seguridad que custodiaban la casa. Con paso tranquilo y la sonrisa en los labios, caminó hacia su coche.

Los agentes, naturalmente, clavaron sus ojos en ella.

En sus erguidos senos.
En su flexible cintura.
En sus sensuales caderas.
En su marcado trasero.
Fue en lo único que pensaron.
En lo tremenda que estaba Katia.

A ninguno de ellos se le pasó por la imaginación que la bella rubia hubiera golpeado y dejado inconsciente a Cliff Bowman, después de drogar al profesor Falkerburg, arrancarle toda la información sobre el «Proyecto Ulises». Y fotografiar los documentos y las notas que el físico nuclear llevaba en su portafolios.

Katia alcanzó su descapotable azul, se introdujo en él, y exhibió deliberadamente sus tentadores muslos, para que los agentes de seguridad siguieran pensando en la de cosas que podrían hacer con un cuerpo como el suyo, si ella les dejara.

Antes de arrancar, la espía sonrió y dijo:

—Adiós, guapos. Y cuidado con vuestras pistolas, ¿eh? Es peligroso jugar con esos chismes.

Un segundo después, el descapotable azul se ponía en movimiento y Katia Tennant se alejaba, llevando consigo algo tan valioso como los detalles del «Proyecto Ulises», el más importante de cuantos había emprendido la NASA.

* * *

Tina, la doncella, era una morenita de sólo veinte años de edad, rostro agraciado y piernas bonitas, que la brevedad del uniforme le permitía exhibir.

Ella fue la primera en descubrir, tendido en el suelo, al jefe de los agentes de seguridad encargados de dar protección al profesor Falkerburg.

—¡Señor Bowman! —exclamó, quedándose parada.

Por fortuna, reaccionó en seguida y corrió hacia él.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá pasado...?

Tina se arrodilló junto a Cliff Bowman y lo zarandeó, después de comprobar que no tenía herida alguna, que sólo se hallaba desvanecido.

—¡Señor Bowman!... ¡Despierte, por favor!

Cliff Bowman abrió los ojos.

—Tina...

—¿Qué le ha ocurrido, señor Bowman?

—La rubia...

—¿Rubia...? ¿Qué rubia?

—Me golpeó, la muy zorra —rezongó Bowman, mientras trataba de ponerse en pie.

La doncella le ayudó.

—¿Dice que le golpeó una rubia, señor Bowman...?

—Sí, y el primer golpe me lo dio donde más duele —masculló Cliff, llevándose la mano al pantalón.

—¡Qué mala idea!

—Voy tras ella. Tú ocúpate del profesor Falkerburg, Tina. También él necesita ayuda.

—¡Bien!

Cliff Bowman corrió hacia la puerta, soportando el dolor que sentía en sus órganos masculinos, y la doncella entró en el salón, para atender al profesor Falkerburg. Habían transcurrido sólo unos minutos desde que Katia Tennant le golpeara, pero, cuando salió de la casa, Bowman ya no vio a la falsa periodista.

—¿Dónde está la rubia? —gritó.

—Se largó —respondió uno de los agentes.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no la detuvisteis...?

—¿Detenerla?

—¡Me golpeó! ¡Y drogó al profesor Falkerburg! ¡Es una espía!

Los agentes de seguridad se miraron unos a otros, perplejos.

—¡Al coche, rápido! —ordenó Bowman—. ¡Tenemos que alcanzarla!

Cuatro hombres siguieron a Cliff, que se sentó al volante del sedán negro, en contra de su costumbre, ya que solía ser Davidson, uno de los agentes, quien lo conducía.

Davidson, lógicamente, se extrañó.

—¿No quieres que conduzca yo, Bowman...?

—¡No, prefiero hacerlo yo! ¡Vamos, subid!

Los cuatro agentes se metieron rápidamente en el coche, quedando los restantes en la casa. Bowman lo puso en marcha y el sedán salió disparado.

—¿Cuánta ventaja nos lleva? —preguntó.

—No más de dos o tres minutos —respondió Davidson.

—¡La alcanzaremos!

Los agentes guardaron silencio.

Estaban impresionados por la forma en que Bowman conducía.

El sedán, más que correr, volaba.

Era una temeridad circular a tanta velocidad, porque el accidente podía sobrevenir de un momento a otro. Especialmente, en las curvas, las cuales tomaba el sedán de una forma realmente escalofriante.

Era, sin embargo, la única manera de dar alcance al descapotable azul de la espía rubia, que, obviamente, estaría circulando también a gran velocidad.

Cliff Bowman manejaba el volante con los dientes fuertemente apretados. Se había dejado sorprender, golpear y derrotar por una mujer, y eso le dolía más que los golpes recibidos.

Su orgullo de hombre había sido pisoteado y su eficacia como agente de seguridad de la NASA se hallaba ahora en entredicho. Sólo atrapando a Katia Tennant recuperaría su prestigio. Y lo conseguiría, costase lo que costase.

La espía rubia no se iba a reír de él.

Cuando le pusiese las manos encima...

—¡Ahí la tenemos, Bowman! —exclamó Davidson, señalando el descapotable azul, que acababa de aparecer al tomar la última curva.

CAPÍTULO V

Cliff Bowman esbozó una sonrisa.

El coche de Katia Tennant, como ya esperaba, rodaba a gran velocidad, pero la del sedán era aún mayor y muy pronto daría alcance al descapotable azul.

La distancia, en efecto, fue acortándose.

El coche de la espía estaba ya a tiro, por lo que Davidson extrajo su automática y la sacó por la ventanilla.

Bowman se dio cuenta de ello y gritó:

—¡No, Davidson! ¡Tenemos que atraparla con vida!

—¡No pensaba dispararle a la chica, sino a las ruedas de su coche! —explicó el agente.

—¡Ya lo suponía, pero provocarías el accidente y la rubia podría perecer en él!

—¡Está bien! —asintió Davidson, y retiró el brazo derecho de la ventanilla.

El sedán negro siguió aproximándose al descapotable azul.

Katia Tennant sabía que estaba a punto de ser alcanzada por los agentes de seguridad de la NASA, pero su coche no podía correr más. Desarrollaba ya el máximo de su velocidad.

Lo único que podía hacer era meterse por entre los árboles que crecían a ambos lados de la carretera. Resultaría peligroso, porque no sería fácil sortearlos a todos, pero aún le sería más difícil sortearlos al sedán, porque era un coche más grande y necesitaba un mayor espacio para poder pasar.

Katia decidió arriesgarse.

Estaba obligada a ello, porque ya tenía prácticamente encima a los agentes de seguridad de la NASA, así que realizó un brusco viraje y el descapotable azul dejó la carretera, metiéndose por entre los

árboles de la derecha.

—¿Pero qué hace esa loca...? —exclamó Davidson.

—¡Se ha metido por entre los árboles! —gritó uno de los agentes que iban en el asiento trasero.

—¡Se va a estrellar! —dijo otro agente.

—¡Y nosotros también! —vaticinó el último de los agentes de seguridad, al ver que Cliff Bowman realizaba asimismo un brusco viraje y metía el sedán por entre los árboles.

—¡Soy un buen piloto, no temáis! —dijo Bowman—. ¡Lo malo es que la rubia también lo es!

—¡Y tiene la ventaja de conducir un coche más pequeño! —observó Davidson.

—¡De poco le servirá! —aseguró Bowman, manejando el volante como un experto piloto de bólidos de Fórmula 1.

Era la única manera de sortear los árboles.

Y, aun así, no pudo evitar que el sedán tomara brusco contacto con algunos de los árboles. Eran contactos laterales, afortunadamente, por lo que la persecución continuó.

El descapotable azul, pese a ser más pequeño, también tocó algunos árboles con sus laterales, lo que le ocasionó desperfectos en la pintura y abolladuras.

Y eso que Katia Tennant era una hábil conductora. De haber sido menos experta, el morro de su coche estaría ya empotrado contra el tronco de un árbol.

Los desperfectos del sedán eran mayores, pues, además de las rayas en la pintura y las abolladuras, había perdido una de las puertas traseras.

Había sido arrancada de cuajo por el tronco de un árbol, al impactar contra él. Fue un bandazo realmente terrible, que tuvo la desgracia de repetirse poco después, aunque esta vez fue la otra banda del coche la que tomó violento contacto contra un árbol.

El sedán perdió la otra puerta trasera.

—Hay mucha corriente de aire, ¿no? —dijo uno de los agentes de seguridad que iban detrás, en un alarde de humor.

—¡Echad las persianas! —respondió Davidson, con guasa.

Cliff Bowman reprimió una sonrisa y siguió sorteando árboles lo mejor que podía. Katia Tennant hacía lo mismo, pero tuvo la desgracia de que una de las ruedas de su descapotable reventara, al

pisar una piedra puntiaguda, y eso le hizo perder el dominio del vehículo, lo que motivó que éste chocara de frente contra un árbol.

—¡Ya es nuestra, muchachos! —exclamó Davidson, alegrándose del accidente de la espía.

—¡Confiemos en que no se haya roto la cabeza! —dijo Bowman, preocupado, porque el choque había sido muy violento.

El descapotable azul había quedado empotrado contra el tronco del árbol y Katia Tennant no daba señales de vida. Estaba echada sobre el volante, absolutamente inmóvil.

¿Se hallaba solamente inconsciente?

¿Estaba muerta?

Pronto se sabría, porque el sedán acababa de detenerse detrás del coche de la espía. Davidson y los otros tres agentes de seguridad que iban en el asiento de atrás descendieron rápidamente del vehículo.

Cliff Bowman salió también del sedán, pero fueron sus compañeros los primeros en rodear el coche de Katia Tennant, Davidson, concretamente, fue quien cogió a la espía y la echó hacia atrás, comprobando que no tenía heridas.

Visibles, al menos.

—¿Está viva? —preguntó Lewis, el agente que estaba detrás de Davidson.

—Parece que sí —respondió Davidson.

—Tómale el pulso —sugirió Nelson, el agente que estaba al otro lado del descapotable—. Prefiero tocarle el corazón —dijo el zorro de Davidson, y le metió la mano por el atrevido escote.

—Lo que tú quieres tocarle, es el pecho izquierdo —adivinó Oswald, el cuarto agente, que se hallaba junto a Nelson.

Bowman intervino:

—No es momento para pensar en eso, Davidson.

Éste tosió.

—Bowman, yo te aseguro que...

—¿Le late el corazón o no?

—Sí, desde luego.

—Entonces, saca la mano de ahí.

—En seguida.

Davidson retiró la mano del escote de la espía, pero había tenido tiempo de calibrar la consistencia de sus senos, así como de percibir

su suavidad y su tibieza.

—Carga con ella y llévala al coche —ordenó Bowman—. Encantado —sonrió Davidson.

—Tú, Lewis, coge su bolso. Quiero revisarlo de nuevo.

—Bien.

Davidson estaba ya cargando con la espía. Le había pasado un brazo por la espalda y el otro por debajo de las piernas.

El cuerpo de Katia Tennant seguía totalmente inanimado, lo que hacía suponer que la espía no se enteraba de nada, cuando, en realidad, se estaba enterando de todo.

No se hallaba inconsciente, sólo lo fingía para con fiar a los agentes de seguridad de la NASA e intentar sorprenderlos. Sabía que no sería fácil, por ser nada menos que cinco, pero estaba obligada a intentar librarse de ellos.

En cuanto Davidson la levantó y la sacó del coche, Katia entró en acción. Su mano derecha, de canto, golpeó la frente del agente de seguridad.

El golpe de karate, duro y preciso, hizo que David son pusiera los ojos bizcos y soltara inmediatamente a la espía, antes de desplomarse como un fardo.

Katia no llegó a caer al suelo. Su segundo golpe, igualmente propinado con el filo de la mano, fue para Lewis. Se lo asestó en la nuca y el agente se derrumbó de una manera fulminante, quedando inmóvil en el suelo, como Davidson.

Lewis no había visto cómo la espía rubia golpeaba a Davidson, pero Nelson y Oswald sí vieron cómo Katia Tennant golpeaba a Lewis. Nelson exclamó:

—¡Cuidado, Bowman!

—¡La chica está despierta! —gritó Oswald.

Cliff Bowman, que ya había dado un par de pasos hacia el sedán, se giró con rapidez, descubriendo que Davidson y Lewis estaban ya fuera de combate.

—¡Condenada rubia! —barbotó—. ¡Sujetadla, rápido!

Nelson y Oswald atacaron a la vez a la espía, pero ésta volvió a demostrar que era una consumada karateca y una magnífica judoca, y prácticamente molió a golpes a la pareja de agentes de seguridad.

Bowman escupió una maldición y echó mano de su automática.

No tuvo más remedio que hacerlo, porque Nelson y Oswald

rodaban ya por los suelos.

—¡Quieta! —ordenó, apuntando a la espía.

Katia se volvió hacia él, con fiero gesto.

Bowman pensó que la espía iba a atacarle, a pesar de que la estaba encañonando con su arma, pero no fue así. Katia logró frenarse, aunque su postura seguía siendo de karateca dispuesto a saltar sobre su enemigo.

—No te muevas, preciosa, o no vivirás para contar lo —advirtió el agente de seguridad.

Los ojos de la espía centellearon.

—¡Es usted un cobarde, Bowman! —gritó.

—¿Por qué?

—¡Me tiene miedo!

—No es verdad.

—¡Guarde su arma y pelee conmigo, entonces!

—No estoy en condiciones, guapa. Aún acuso el rodillazo que me atizaste en lo que tengo de hombre.

—¡Usted de hombre no tiene nada, Bowman! ¡Es una rata asustadiza! ¡Un conejo! ¡Una comadreja!

Cliff se picó y devolvió bruscamente la pistola a la funda axilar.

—Ya está guardada el arma. No la necesito para atraparte y obligarte a confesarlo todo —aseguró, y se preparó para pelear con la peligrosa espía rubia.

CAPÍTULO VI

Katia Tennant se alegró enormemente cuando vio que Cliff Bowman guardaba la automática, pues creía tener bastantes posibilidades de vencerle y escapar en, el sedán, antes de que los otros cuatro agentes de seguridad de la NASA se recuperaran de los golpes que ella les había propinado.

—¡Le voy a partir todos los huesos, Bowman! —anunció, un segundo antes de lanzarse al ataque.

Cliff, que también tenía conocimientos de karate y judo y no pocos, se defendió primero magníficamente y contraatacó después con peligrosidad, obligando a la espía rubia a retroceder.

Katia tuvo que emplearse a fondo para no verse derribada por alguno de los golpes del jefe de los agentes de seguridad.

—¡Maldito! —barbotó, jadeante.

—¡No eres tú la única que practica la lucha oriental, rubia!

—¡Acabaré con usted, Bowman!

—¡Tendrás que pedir ayuda!

—¡Se equivoca! ¡Me basto sola! —aseguró Katia, y pasó de nuevo al ataque, rabiosamente.

Bowman volvió a defenderse con serenidad y eficacia.

Había dicho que todavía acusaba el rodillazo en los genitales, pero la verdad es que no lo parecía. Se movía con agilidad y saltaba como si se hallara en plenitud de facultades físicas.

Katia, que recordaba lo fácil que le había resultado vencer a Cliff Bowman en la casa del profesor Falkerburg, gracias al rodillazo entre los muslos, intentó alcanzarle de nuevo en esa zona, esta vez con el pie.

—¡Toma, rabia otra vez de dolor!

Por desgracia para ella, Bowman no se dejó sorprender en esta

ocasión y le atenazó el pie antes de que alcanzara su objetivo, torciéndoselo con brusquedad.

La espía dio un grito de dolor y realizó una cómica cabriola, única manera de evitar que el agente de seguridad de la NASA le dislocara el tobillo.

Cayó de bruces sobre la tierra.

Bowman, sin soltarle el pie, le pisó con fuerza el trasero, para que no pudiera hacer girar el cuerpo y dijo:

—¡Ríndete, rubia!

—¡Hijo de cincuenta perras! —rugió Katia—. ¡Quita tu asquerosa pezuña de mi trasero!

—¡Ríndete o te rompo el tobillo!

—¡Rómpeme lo que quieras, bastardo!

Bowman le torció un poco más el pie y la espía lanzó un chillido de sufrimiento.

—¡No amenazo en vano, te lo advierto!

—¡Canalla!

—¿Te rindes o no?

—¡Nunca!

—¿Prefieres quedarte coja para siempre?

—¡Me vengaré, te lo juro! ¡Por lo del tobillo y por lo del trasero! ¡Nadie se había atrevido jamás a pisotearme las nalgas!

—¡Te las dejaré planas como no te rindas! —amenazó Cliff, y presionó más con su zapato.

Katia volvió a gritar de dolor.

—¡Maldito hijo de Satanás! ¡Te arrancaré los ojos con mis propias manos!

—¡Vamos, ríndete de una vez! ¡Estás perdida, rubia! ¡Te tengo bien atrapada y tú lo sabes! ¡No tienes escapatoria!

Katia, tras unos segundos de vacilación, respondió:

—¡Tú ganas, cerdo!

—Vaya, menos mal. Pon tus manos en tu espalda, rubia —indicó Bowman.

La espía obedeció, aunque de mala gana.

Bowman extrajo unas esposas del bolsillo izquierdo de su chaqueta, sin soltarle el pie ni retirar el suyo de la magnífica grupa femenina, por si acaso la rendición de la rubia era sólo fingida.

Katia no intentó nada y Cliff pudo colocarle las esposas con una

sola mano. Una vez cerradas, le soltó el pie y dejó de pisarle el trasero, indicando:

—Continúa echada, rubia. Si no haces caso e intentas incorporarte te sacudiré.

—¡No soy una alfombra!

—Si me lo hubieras dicho antes, no habría puesto mi pie en tus redondas posaderas —repuso Cliff, con ironía.

Katia lo fulminó con los ojos.

—¡Me las pagarás, puerco!

—No creo que tengas ocasión de cobrarte nada, rubia. Y ahora, quieta y calladita hasta que yo diga, ¿de acuerdo?

—¡Vete al infierno!

Bowman se desentendió de ella y se ocupó de Davidson, al que consiguió reanimar en unos segundos.

—Espabila, muchacho.

Davidson ya tenía los ojos abiertos, pero aún estaba un poco aturdido y lo veía todo en movimiento. Se llevó la mano a la cabeza y preguntó:

—¿Qué fue de la mula, Bowman?

—¿Mula...? ¿Qué mula?

—La que me soltó la cox en la frente.

Cliff sonrió.

—No fue una mula, Davidson. Fue la chica, que no se hallaba desvanecida. Nos engañó a todos.

Davidson parpadeó.

—¿De veras me atizó la rubia...?

—Sí, fue cosa de ella. Te durmió a ti, después durmió a Lewis, y luego hizo lo propio con Nelson y Oswald.

Davidson no podía creer lo que oía.

—¿Pudo con los cuatro...?

—Sí.

—¡Qué fiera!

—La meteremos en una jaula, no te preocupes.

Davidson se levantó, ayudado por Bowman, y miró a la espía.

—La capturaste tú, ¿verdad?

—Sí.

—Menos mal. Hubiera sido el colmo que también te zurrara a ti, Bowman.

—A mí ya me zurró en la casa. Y tuve que emplearme a fondo para que no me zurrara también aquí. Es una mujer muy peligrosa.

—Y yo que la cogí en brazos con toda delicadeza... ¡Tenía que haberla arrastrado del pelo!

—¡Y yo tenía que haberte roto la mano por meterla donde no debías, cerdo! —replicó Katia.

—¡Sólo quería saber si te latía el corazón!

—¡Y un cuerno! ¡Me estrujaste el seno, marrano!

—¡Mentira!

—¡Sucio! ¡Sobón! ¡Sinvergüenza! ¡Eres de la misma calaña que el puerco de Bowman!

Davidson miró a Bowman.

—¿Qué ha querido decir...?

—Piensa que yo también soy un sucio, un sobón y un sinvergüenza, porque la cacheé en la casa antes de conducirla a presencia del profesor Falkerburg.

—Ya.

—Ocúpate de los otros, Davidson.

—Bien.

Mientras Davidson despertaba a Lewis, Nelson y Oswald, Bowman recogió el bolso de Katia Tennant, lo abrió, y examinó de nuevo los objetos que contenía.

La espía contuvo la respiración cuando vio que tomaba el falso lápiz de labios. Bowman, que vigilaba a Katia con disimulo, vio que ésta se ponía tensa como una cuerda de violín y sospechó inmediatamente que el lápiz labial ocultaba algo. Bowman, sin embargo, fingió no ver nada raro en la barra de labios de la espía y volvió a depositarla en el bolso, lo que hizo que Katia se relajara.

—No parece que lleves nada especial en tu bolso, rubia.

—¡Y así es!

—¿Qué utilizaste para drogar al profesor Falkerburg?

—¡Yo no hice tal cosa!

—Estaba mareado. No podía ponerse en pie.

—¿Qué culpa tengo yo de que no esté acostumbrado a que le bese una mujer joven y ardiente?

Bowman sonrió.

—Insistes en que ésa fue la razón, ¿eh? Tus sabios besos.

—¡Naturalmente!

—¿Y por qué me golpeaste a mí?

—¡Por lo del cacheo!

—No te creo.

—¡Pues es la verdad!

—No, Katia. La verdad, la única verdad, es que tú eres una espía.

—¿Qué...?

—Sí, una espía enviada por alguien con la misión de obtener información sobre el «Proyecto Ulises». Por eso drogaste al profesor Falkerburg.

—¿Proyecto qué...?

—No te hagas la sueca, rubia.

—¡Yo no soy sueca, soy norteamericana! ¡Y repito que no drogué al profesor Falkerburg!

¡No soy espía, sino periodista!

—Conque periodista, ¿eh?

—¡Sí, señor! ¡Trabajo para la revista «Mundo Futuro»!

—Pues te defiendes muy bien para ser una simple periodista. ¿No te parece?

—¡Tuve un novio que era maestro de judo y de karate!

—¡Grandísima embustera! —exclamó Bowman, riendo.

—¡Es la verdad!

—No, la verdad me la dirás cuando te interrogué de otra manera en la casa del profesor Falkerburg —aseguró Bowman.

CAPÍTULO VIII

Lewis, Nelson y Oswald habían vuelto ya en sí, con la ayuda de Davidson, y se habían incorporado. El primero, como no había visto luchar a Katia Tennant, no se explicaba que ésta hubiera dejado inconscientes a cuatro hombres, Nelson y Oswald, que sí habían visto en acción a la espía rubia y sufrido en sus cuerpos las técnicas orientales de lucha que ella tan magníficamente dominaba, no lo encontraban tan raro.

—Es un demonio peleando —rezongó Nelson, mientras se masajeaba el cuello.

—Una máquina de repartir golpes, diría yo —masculló Oswald, con la mano en la nuca—. Yo ni me enteré de que me sacudía —confesó Lewis, oprimiéndose también la nuca.

—Lo mismo me ocurrió a mí —dijo Davidson—. La había cogido en brazos, totalmente confiado, y de repente me soltó un hachazo en la frente y... Bueno, eso es todo lo que recuerdo.

Cliff Bowman indicó:

—Al coche, muchachos.

—A lo que queda del coche, querrás decir —corrigió Lewis, con ironía.

—Eso —dijo Nelson.

—Está hecho polvo —habló Oswald.

—Queda lo suficiente como para trasladarnos a todos a la casa del profesor Falkerburg, así que en marcha —dijo Bowman—. Ocúpate de la chica, Davidson. Irá delante con nosotros.

—Prefiero que te ocupes tú de ella, Bowman —respondió Davidson, con un carraspeo—. Yo conduciré el coche.

—Está bien —accedió Cliff, y se acercó a la espía, que seguía echada de bruces en el suelo, muy quieta—. En pie, rubia —ordenó,

cogiéndola del brazo.

Katia se incorporó con alguna dificultad, al no poder ayudarse con las manos. Cuando apoyó su pie derecho en el suelo, no pudo reprimir un gemido de dolor y encogió ligeramente la pierna.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el tobillo. Y no me preguntes por qué, si no quieres que me acuerde de tu madre.

—A mí me duelen otras cosas. También podría acordarme de tu madre.

Katia no replicó.

Bowman la llevó hacia el sedán.

—Vamos, camina.

La espía lo hizo, aunque cojeando sensiblemente y componiendo muecas de sufrimiento.

Davidson se había sentado ya al volante del sedán.

Bowman hizo entrar a la espía rubia y después penetró él en el vehículo. Lewis, Nelson y Oswald ocuparon el asiento trasero, como cuando iniciaron la persecución.

—Sigue habiendo corriente —dijo Lewis.

Los agentes de seguridad de la NASA rieron.

—Vámonos, Davidson —indicó Bowman—. Y cuidado con los árboles, ¿eh?

—No te preocupes —respondió el agente, y puso el motor en funcionamiento. El sedán arrancó y empezó a sortear árboles, a escasa velocidad, para que resultara menos difícil, Davidson no quería distraerse mirando las esculturales piernas de Katia Tennant, pero estaban tan visibles, que atraían su vista como un imán.

Y, en esta ocasión, la exhibición de muslos no era deliberada. Sencillamente, Katia no podía cerrarse la falda del vestido, por tener las manos esposadas a la espalda.

Bowman se dio cuenta de que Davidson echaba disimuladas miradas a las preciosas piernas de la espía y decidió cubrírse las.

—¿Qué hace...? —exclamó Katia.

—Quiero que Davidson se fije en los árboles, no en tus torneados muslos.

Davidson tosió.

—Bowman, yo no...

—Conduce y calla.

Davidson guardó silencio y prestó toda su atención a los árboles, logrando sortearlos todos y alcanzar la carretera.

Lo que los agentes de seguridad de la NASA no sabían es que un coche les estaba esperando en ella.

Era un Dodge oscuro e iban tres hombres en él.

Uno de los tipos aferraba el volante, presto a poner el coche en movimiento. Los otros dos empuñaban sendas metralletas y las asomaban ligeramente por las ventanillas, esperando tensos el momento de abrir fuego contra los ocupantes del sedán negro y acribillarlos a todos.

* * *

Davidson había sacado ya el sedán a la carretera.

—¡Soy un artista! —se elogió a sí mismo, antes de aumentar la velocidad.

Cliff Bowman iba a hacer un comentario al respecto, pero se frenó al descubrir el Dodge oscuro que se había puesto en marcha y venía directamente hacia ellos.

Esto, ya de por sí, resultaba ciertamente sospechoso. Pero es que, además, Bowman pudo ver que dos de los ocupantes del vehículo esgrimían sendas metralletas.

Las intenciones de los tipos del Dodge oscuro estaban tan claras, que Bowman echó mano velozmente de su automática y gritó:

—¡Cuidado, muchachos! ¡Nos atacan!

Lewis, Nelson y Oswald extrajeron también sus armas, con mucha rapidez, mientras Davidson, que no podía soltar el volante, se encogía al máximo para esquivar las balas enemigas.

Bowman agarró del pescuezo a Katia Tennant, sin demasiada delicadeza, y la obligó a esconder la cabeza entre las rodillas. La espía gritó y le insultó, sin tener en cuenta que el jefe de los agentes de seguridad de la NASA sólo trataba de ponerla a cubierto de las ráfagas de metralleta.

Y le salvó la vida, con su rápida y brusca acción, porque las metralletas de los tipos del Dodge empezaron a escupir balas en cantidad y la mayoría de ellas alcanzaron el sedán negro.

De haber continuado con el torso erguido, Katia hubiera recibido varios impactos y sería ya cadáver, lo mismo que

Davidson, Bowman y los otros tres agentes de seguridad.

Afortunadamente, supieron todos protegerse a tiempo y ninguno de ellos resultó alcanzado por las ráfagas de metralla, que cesaron en cuanto el Dodge se cruzó con el sedán.

Entonces, Bowman, Lewis, Nelson y Oswald dispararon rabiosamente contra los ocupantes del Dodge, que ya se alejaba a gran velocidad.

Bowman, concretamente, tomó como blanco al tipo que conducía el vehículo, consciente de lo que ocurriría si tenía la suerte de alcanzarle con alguna de las balas.

Y la tuvo.

Un proyectil se incrustó en la nuca del individuo y le produjo una muerte instantánea. Naturalmente, el tipo no pudo seguir manejando el volante y el Dodge se salió de la carretera, estrellándose contra un árbol.

El impacto fue tan terrible, que el depósito de la gasolina estalló como una bomba y el coche se convirtió en una gigantesca bola de fuego.

Varias de sus piezas saltaron por los aires tras el tremendo estallido, cayendo muchos metros más allá. Uno de los tipos que esgrimían metralletas había recibido un par de balas en su cuerpo antes de que el Dodge chocara de frente contra el árbol y era ya prácticamente cadáver, pero el otro seguía ileso y pereció cuando el vehículo estalló y se convirtió en una enorme hoguera.

La suya fue, ciertamente, una muerte horrible.

* * *

Davidson había detenido el sedán en la carretera segundos después de que el Dodge se estrellara contra el árbol y se produjera el estallido de su depósito de gasolina.

Los agentes de seguridad de la NASA contemplaban, quietos y con las armas todavía empuñadas, cómo ardía el coche de los tipos que habían intentado acabar con ellos.

Bowman retiró su mano del pescuezo de Katia Tennant y dijo:

—Mira lo que ha sido de tus compañeros.

La espía irguió el torso y se giró, descubriendo el Dodge, destrozado y en llamas. No pudo evitar un profundo

estremecimiento, aunque respondió:

—No eran mis compañeros.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy.

—Yo también estoy seguro, pero de lo contrario. Esos tipos eran amigos tuyos y te estaban esperando. Al ver que habías caído en nuestras manos, intentaron acabar con nosotros. Con todos, pero de manera especial, contigo.

Katia se estremeció de nuevo.

—¿Conmigo...?

—Sí, para que nadie pudiera interrogarte y obligarte a contar todo lo que sabes, que debe ser mucho.

La espía movió su rubia cabeza.

—Está equivocado, Bowman. Yo no sé nada. Soy una simple periodista, ya se lo dije.

—Mentiste entonces y mientes ahora. Eres una espía y te obligaré a confesarlo en cuanto lleguemos a la casa del profesor Falkerburg. Me dirás para quién trabajas, por las buenas o por las malas.

Katia se mantuvo callada.

Bowman hizo una muda indicación a Davidson y éste puso nuevamente en marcha el sedán, que, lleno de abolladuras y de desperfectos en la pintura, y sin las puertas traseras, pudo regresar a la casa del prestigioso físico nuclear.

CAPÍTULO VIII

John Falkerburg, gracias a las atenciones de Tina, la joven doncella, había logrado superar el mareo provocado por la droga que Katia Tennant echara en su copa.

—¿Se encuentra mejor, profesor? —preguntó la morenita.

—Sí, mucho mejor, Tina —respondió el científico, que seguía sentado en el sofá.

—Cuánto me alegro.

—No sé lo que me pasó.

—Fue cosa de la rubia —rezongó la doncella.

Falkerburg respingó.

—¿Quién te ha dicho que me besó...?

Tina abrió la boca, perpleja.

—¿Fue eso lo que hizo, profesor? ¿Besarle...?

—Sí.

—¿Y se mareó por tan poco...?

El científico carraspeó embarazosamente.

—Bueno, la verdad es que yo no sé si...

—Con Cliff Bowman fue menos cariñosa.

—¿Quién?

—La rubia.

—¿Qué hizo?

—Le soltó un rodillazo entre los muslos, la muy perversa.

—¿De veras...?

—El propio Bowman me lo dijo, cuando logré reanimarle.

—¿Reanimarle, dices...?

—Sí, lo encontré tirado en el suelo, desvanecido. La rubia le dio varios golpes y huyó, pero Bowman fue tras ella. Espero que la atrape y le dé su merecido. Está muy feo golpear a un hombre

«ahí», porque puede suceder que luego no pueda... Bueno, usted ya me entiende, profesor.

—Desde luego —tosió Falkerburg.

—¿Por qué golpearía la rubia a Bowman, profesor? —preguntó la doncella.

—Creo que le supo muy mal que él la cacheara, antes de traerla a mi presencia. No quiso aceptar que Bowman sólo cumplía con su obligación —explicó el físico nuclear.

Tina compuso un mohín pícaro.

—A mí no me hubiera importado, profesor.

—¿El qué?

—Que Cliff Bowman me cacheara. Es tan alto, tan fuerte, tan viril... ¡Qué hombrón, madre! —exclamó la doncella, llevándose las manos a las mejillas.

Falkerburg no pudo contener la risa.

—Te gusta Bowman, ¿eh?

—¡Muchísimo!

—Es un gran tipo, desde luego.

—¿Por qué no le dice usted que sospecha de mí, profesor?

—¿De ti...?

—Sí.

—¿Para qué?

—¡Para que me cachee! —respondió la simpática morenita, riendo alegremente.

Falkerburg unió su risa a la de ella.

Poco después, la puerta se abrió y Cliff Bowman penetraba en el salón solo.

—¡Bowman! —exclamó el científico, poniéndose en pie.

Cliff se acercó, con el bolso de Katia Tennant en una mano.

—¿Cómo van esos mareos, profesor?

—Han desaparecido ya.

—Lo celebro de veras.

—¿No pudo atrapar a la rubia, señor Bowman...? —preguntó Tina.

—Oh, sí, la tenemos en nuestro poder.

—¡Bravo! —se alegró la doncella, que se puso a aplaudir.

Cliff sonrió e indicó:

—Déjanos solos, Tina.

—Sí, señor Bowman.

Cuando la morenita salió, Cliff informó:

—La rubia es una espía, profesor.

—¿Qué...? —exclamó Falkerburg, respingando.

—Le drogó para conseguir información sobre el «Proyecto Ulises».

—¿Que me drogó...?

—Sí, debió echarle algo en la bebida. Por eso estaba usted tan quieto, cuando yo entré. La rubia le abrazaba y le besaba, pero usted permanecía impassible, porque no se enteraba de nada. Y, mientras usted se hallaba bajo los efectos de la droga, la espía utilizó esto —informó Cliff, sacando un objeto del bolso de Katia Tennant.

—¿Qué es?

—Parece un lápiz de labios vulgar y corriente, pero en realidad es una minúscula cámara fotográfica.

—¿Y qué fotografió la chica...?

—Los papeles que lleva usted en su portafolios, supongo. Los relacionados con el «Proyecto Ulises», al menos. Lo sabremos cuando revelemos la película.

—¡No recuerdo que Katia hiciera tal cosa!

—Por culpa de la droga. Es lo que le impide recordar lo que sucedió mientras se hallaba usted bajo sus efectos. Pero no importa. Tenemos a la espía en nuestras manos y averiguaremos para quién trabaja. Si se niega a hablar, pondremos en marcha un plan que nos permitirá igualmente saber quién envió a Katia Tennant.

—¿Qué plan es ése, Bowman?

Cliff se lo explicó.

—Se me antoja muy peligroso, Bowman —opinó Falkerburg.

—Valdrá la pena correr el riesgo, profesor.

—Confío en que la chica confiese y no haya necesidad de poner en práctica su plan. —Ojalá. Pero será difícil convencerla, profesor. Katia es una mujer muy valerosa, no se asusta por nada. De todos modos, intentaré que nos lo cuente todo.

Falkerburg se mordió los labios antes de preguntar:

—¿Piensa... torturarla?

Cliff sonrió.

—No soy un desalmado, profesor. Pero le haré creer a Katia que

lo soy, para ver si se atemoriza y confiesa. Lo que no haré, en ningún caso, es maltratar a una mujer joven, hermosa, e indefensa, por muy espía que sea —aseguró.

Katia Tennant había sido conducida a una de las habitaciones del piso alto por Davidson, Lewis, Nelson y Oswald. Los dos primeros habían entrado con ella en la habitación y la habían atado a una silla, siguiendo las instrucciones de Cliff Bowman.

Nelson y Oswald aguardaban fuera, junto a la puerta.

A Katia no le gustó que Davidson y Lewis le ataran los brazos al respaldo de la silla, pero aún le gustó menos que también le ataran las piernas a las patas delanteras de la misma.

Aquello no presagiaba nada bueno para ella.

Olía a tortura.

Y de la peor.

Sus piernas, al hallarse separadas, estaban totalmente al descubierto. La obligaban a mostrar, además, el frívolo pantaloncito, lo que hacía que el espectáculo resultara mucho más excitante para Davidson y Lewis, que no le quitaban la vista de encima.

—Cerdos... —masculló la espía.

Davidson y Lewis rieron.

—Nos limitamos a cumplir órdenes, preciosa —dijo el primero.

—Es Bowman quien se ocupará de ti —añadió el segundo.

—¡Es más cerdo aún que vosotros! —barbotó Katia.

Los agentes de seguridad volvieron a reír.

Justo en ese momento, entró Cliff Bowman.

—¿A qué vienen esas risas, muchachos? —preguntó—. ¿Os ha contado algún chiste la rubia?

—No, pero nos ha llamado cerdos —respondió Davidson—. Y eso que no la hemos rozado siquiera.

—Y luego ha dicho que tú eres aún más cerdo que nosotros —agregó Lewis.

—Conque eso ha dicho, ¿eh? —sonrió fríamente Cliff, al tiempo que posaba sus ojos en los separados muslos de la espía.

Katia se dio cuenta de ello y rugió:

—¡Sí, lo dije! ¡Y no lo retiro!

—Ya veremos. Largo, muchachos —ordenó Cliff.

—Que te diviertas, Bowman —dijo Davidson.

—Sí, disfruta con esta fiera de cabellos rubios —añadió Lewis.

—Lo procuraré.

Davidson y Lewis salieron de la habitación y cerraron la puerta, dejando solo a Bowman con la espía.

Cliff miró a los ojos a Katia, para ver si encontraba temor en ellos, pero sólo encontró furia. La espía no estaba asustada por lo que pudiera pasarle, sino rabiosa.

—¿Estás dispuesta a hablar, rubia? —preguntó.

—¡No tengo nada que decir!

—Si te obstinas en negar que eres una espía, tendré que recurrir a métodos sumamente persuasivos, pero terriblemente dolorosos. —
¡Puedes hacer conmigo lo que quieras, canalla!

—Haré muchas cosas, te lo aseguro. Y sufrirás inútilmente, porque al final lo confesarás todo.

—¡Puedes empezar, gusano!

—¿Es tu última palabra?

—¡Lo es!

—Está bien, tú lo has querido —suspiró Cliff, y se despojó de la chaqueta, para «trabajar» más cómodamente con la espía.

CAPÍTULO IX

Katia Tennant vio que Cliff Bowman se aflojaba también el nudo de la corbata, se abría el cuello de la camisa y se doblaba los puños de ésta hasta más arriba de los codos. Todo parecía indicar que pensaba pegarle una gran paliza, pero la espía no denotó miedo alguno. Sus ojos seguían expresando solamente furia.

Cliff se acercó a ella y la cogió por el cabello con su mano izquierda, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Dio la impresión de que iba a golpearla con su mano derecha, por lo que Katia gritó:

—¡Adelante, cobarde! ¡Pégame!

Cliff levantó la mano, pero no la descargó sobre el bello rostro de la espía. La bajó lentamente y se lo acarició con suavidad, desde la frente a la barbilla.

Katia, claramente sorprendida, preguntó:

—¿Qué diablos haces?

—Acaricio tu rostro.

—¿Por qué?

—Porque es hermoso. Y ya no lo será cuando haya acabado contigo.

—¿No?

—Los golpes y las quemaduras deformarán tanto tu cara, que parecerás un monstruo.

La espía se estremeció visiblemente.

—¿Has dicho quemaduras...? —murmuró.

—Cigarrillos, puros, cerillas, la llama de un encendedor... Y si no basta con todo eso, recurriré al soplete.

Katia respingó sobre la silla.

—¿También tienes soplete...?

—Sí, pero sólo lo uso en casos extremos.

—Ya.

—Si quieres hablar, aún estás a tiempo.

Katia, aunque ya empezaba a reflejar miedo en sus ojos, movió levemente la cabeza.

—Soy periodista y trabajo para la revista «Mundo Futuro». No tengo nada más que añadir.

—¿Por qué quieres sacrificarte? La gente que te envió, con la misión de obtener información sobre el «Proyecto Ulises», no lo merece. Prueba de ello es que los tipos del Dodge dispararon también sobre ti. Si yo no te hubiera obligado a esconder la cabeza entre tus rodillas, ahora estarías lista para criar gusanos.

La espía no replicó.

—Te doy una última oportunidad, Katia. Confiésalo todo y no sufrirás ningún daño.

—No soy espía. No conocía a los tipos del Dodge. No sé nada del «Proyecto Ulises».

—Mientes.

—No, es la verdad.

Bowman desvió su mano por el cuello de la espía, sin soltarle el cabello y alcanzó su busto. Katia se agitó en la silla, aunque no era mucho lo que podía moverse.

—¡Retira tu zarpa de ahí, puerco!

—No.

—Quieres aprovecharte, ¿eh?

—Sólo quiero hacerte hablar.

—¡Rata repugnante!

—Los golpes y las quemaduras no los sufrirás sólo en tu preciosa cara, ¿sabes? Me ocuparé también de tus pechos, de tu vientre, de tus caderas, de tus muslos, y hasta de tu...

—¡Calla, bicho asqueroso! ¡Eres el más ruin de los hombres! ¡El sádico más grande que existe en el mundo! ¡Un auténtico monstruo!

Cliff emitió una risita.

—Es posible, Katia. Te recuerdo, sin embargo, que eres tú quien me obliga a cometer todas esas atrocidades. Si te decides a confesarlo todo...

—¡Te repito que no tengo nada que confesar!

—En ese caso, lo siento por ti —suspiró Bowman, y tiró del

descarado escote del vestido, con suavidad.

La espía se agitó de nuevo, pero no pudo evitar que sus senos quedaran totalmente al descubierto, desnudos, erectos, tentadores, aunque también estremecidos de pánico.

Un pánico que poco a poco se iba apoderando de Katia, por culpa de las palabras de Cliff Bowman.

—¡Sucio reptil! —rugió la espía, pensando que Bowman iba a tocarle los pechos, antes de empezar a torturarla.

Pero no.

Bowman ni siquiera se los rozó.

Lo que hizo fue soltarle el pelo y acercarse a donde antes dejara el bolso de la espía. Lo abrió y extrajo el encendedor, que era solamente eso, un encendedor.

Se lo mostró a Katia y dijo:

—Voy a utilizar tu propio encendedor. Quizá así te duela menos cuando aplique su llama a los pechos.

La espía tembló sobre la silla.

El terror la dominaba ya.

Y aún se acentuó más cuando Bowman accionó el encendedor e hizo brotar la llama. Los ojos de Katia, espantados, se clavaron en ella y, a pesar de la distancia, pareció percibir su calor.

No era posible, claro, pero cuando uno se halla aterrorizado...

Cliff adivinó que la espía estaba a punto de claudicar y se alegró, aunque siguió representando su papel de hombre desalmado. Se acercó lentamente a ella, diciendo:

—Tienes unos hermosos pezones, rojos y erguidos, pero serán dos pedazos de carbón cuando la llama de tu encendedor se haya ensañado con ellos.

Katia no pudo reprimir un gemido de angustia.

¡Estaba a punto de desvanecerse de terror!

Cliff se detuvo junto a ella y volvió a agarrarle el pelo.

—¿Por cuál empiezo, rubia?

—¡Por el que quieras, hijo de perra!

Cliff se sorprendió.

Estaba seguro de que la espía iba a capitular, pero ahora parecía que no, que estaba dispuesta a resistir la tortura.

¿Habría recobrado la entereza y el valor de golpe?

Con el fin de averiguarlo, Cliff aproximó la llama del

encendedor al seno derecho de Katia. Se la acercó tanto, que la espía percibió su calor en el pezón.

Y esta vez de verdad.

La espía cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza, resignada a sufrir la dolorosa mordedura del fuego en su seno. Temblaba de pies a cabeza, pero no quería hablar.

Bowman comprendió que todas sus amenazas no habían servido finalmente de nada y retiró el encendedor del pecho desnudo de la espía. Lo apagó, soltó el pelo de Katia y volvió a subirle el escote del vestido, ocultando nuevamente sus senos.

La espía, temblorosa, abrió los ojos y le miró, visiblemente desconcertada.

—¿Se aplaza la tortura, Bowman?

—Sí.

—¿Por qué?

—No soy capaz de hacerte sufrir.

—Eso no me lo creo.

—Pues es la verdad.

—Estabas dispuesto a cometer toda clase de perrerías conmigo, Bowman.

—Palabras. Sólo palabras. No tengo estómago para torturar a una mujer indefensa. Sólo trataba de aterrorizarte, para hacerte confesar, pero fracasé. Tienes mucho valor, Katia. Te admiro, créeme.

—¿De veras?

Cliff le cogió la barbilla con delicadeza, y la besó en los labios, suavemente. El desconcierto de la espía, lógicamente, aumentó.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó.

—¿El qué?

—Besarme.

—Me gustas, Katia.

—¿En serio?

—Podría enamorarme fácilmente de ti.

—No es posible.

—¿Por qué?

—¿Olvidas el rodillazo que te aticé en...?

—No, porque todavía siento dolor. Pero yo también te hice varias cosas a ti. Te torcí el pie, te pisé el trasero.

—Te odio por todo eso, Bowman. Y por el descarado cacheo. Y por haberme dejado con los pechos al aire. Y por haberme hecho creer que me ibas a quemar los pezones con mi propio encendedor. Me hiciste pasar el peor rato de toda mi vida.

—Lo siento.

—Nunca te lo perdonaré.

—¿Tanto me odias?

—Como jamás he odiado a nadie.

Cliff la besó de nuevo, recreándose esta vez en la acción.

Después, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Me odias ahora un poco menos, Katia?

—No, te odio un poco más.

—Creo que no eres sincera.

—¿Qué piensas, que estoy loca por ti?

—Hombre, tanto como loca... Pero ahora te caigo bien, lo sé.

—Te equivocas, me caes fatal.

—Si fuera así, no hubieras permitido que te besara.

—No puedo impedirlo. Estoy atada a una silla. Puedes hacerme todo lo que te apetezca.

—Te haría muchas cosas, pero no quiero que digas que me aprovecho de la situación.

—Ya te has aprovechado.

—Tú sabes bien que no —sonrió Cliff, y le dio un tercer beso, que Katia, a pesar de sus palabras, aceptó con agrado.

CAPÍTULO X

Cliff Bowman se había desdoblado los puños de la camisa, se había cerrado el cuello de la misma, y ajustado el nudo de la corbata, antes de colocarse nuevamente la chaqueta. Después, depositó el encendedor de Katia Tennant en el bolso de ésta y lo cerró, dejándolo donde estaba, porque no pensaba llevárselo. Prefería dejarlo en la habitación, a la vista de la espía...

Katia le observaba en silencio. No había pronunciado palabra desde que Cliff Bowman la besara por tercera vez, pero sus ojos le miraban ahora de una forma distinta.

Bowman la miró a su vez.

—Te dejo, Katia.

—¿Puedo pedirte un favor, Cliff?

—Caramba, es la primera vez que no me llamas por mi apellido —sonrió Bowman—. Me gusta, ¿sabes?

La espía sonrió también, pero levemente.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Bowman.

—Desátame las piernas.

—¿Las piernas?

—No me gusta estar con los muslos separados. Sé que cuando tú salgas, volverán a entrar Davidson y Lewis, para vigilarme. Y sé también dónde posarán sus miradas. Ya lo hicieron antes. Y eso me pone muy furiosa.

Bowman carraspeó.

—La visión es sumamente excitable, tengo que reconocerlo.

—Te lo ruego, Cliff.

—¿Me odiarás menos si te hago el favor que me pides?

—Sí, un poco menos —respondió Katia, sonriendo de nuevo.

—Está bien —accedió Bowman, y le soltó las piernas.

La espía juntó los muslos, pero éstos, claro, siguieron al descubierto. Bowman tuvo la delicadeza de cerrarle la falda del vestido y quedaron ocultos en buena parte.

—Gracias, Cliff.

—Me he ganado un beso, ¿no crees?

—¿Otro...?

—Los de antes te los di yo, pero éste quiero que me lo des tú.

—¿Y si me niego?

—Volveré a atarte las piernas a las patas de la silla.

—Tú ganas...

Bowman acercó su boca a la de la espía y ésta le besó.

Y cómo le besó...

Estaba muy claro que aquél no era un beso dado de mala gana, por lo que, cuando se separaron sus bocas, Bowman dijo:

—Me parece que tú me odias ya muy poco, Katia.

—Te equivocas. Todavía te odio bastante.

—¿Pues cómo besarás cuando dejes de odiarme...?

—Ese día no llegará nunca.

—Ya veremos —sonrió Bowman, y salió de la habitación.

Al instante entraron Davidson y Lewis, para seguir vigilando a la espía. Nelson y Oswald continuaron junto a la puerta, de guardia.

Evidentemente, a Katia le iba a resultar muy difícil escapar de la casa del profesor Falkerburg.

* * *

Cliff Bowman había ido en busca de John Falkerburg, para informarle del fracaso de su interrogatorio. El científico le estaba esperando, dominado por el nerviosismo.

—¿Confesó la chica, Bowman?

—No, profesor.

—No sirvió de nada que usted fingiera ser un desalmado, ¿eh?

—Efectivamente. Simulé que estaba dispuesto a aplicarle las más terribles torturas, pero no logré arrancarle una sola palabra. Logré aterrorizarla, eso sí, pero siguió guardando silencio. Tiene mucho valor, ya se lo dije.

—¿Entonces...?

—Tendremos que poner en práctica mi plan, profesor.

Falkenburg se mesó nerviosamente el cabello.

—Sigo opinando que es muy peligroso, Bowman.

—Y yo sigo pensando que vale la pena correr el riesgo, profesor. Tenemos que atrapar a la gente que envió a Katia Tennant. Sólo así podremos sentirnos tranquilos.

Falkenburg, tras unos segundos de silencio, asintió levemente con la cabeza y dijo:

—De acuerdo, Bowman. Ponga en marcha su plan.

—Todo saldrá bien, profesor. Confíe en mí.

—Confío plenamente, Bowman. Usted lo sabe. Pero su plan es tan arriesgado...

—Con un poco de suerte, lo conseguiremos.

—Dios lo quiera —suspiró el físico nuclear.

* * *

Una hora después, Cliff Bowman entraba de nuevo en la habitación donde permanecía Katia Tennant, atada a la silla y vigilada por Lewis y Davidson.

—Id a comer algo, muchachos —dijo—. Yo me quedaré con la chica.

Davidson y Lewis salieron de la habitación. Bowman se sentó en una silla y preguntó:

—¿Te molestaron Davidson y Lewis, Katia?

—No.

—Me alegro.

Bowman extrajo sus cigarrillos, se puso uno en los labios y lo encendió. Advirtió que la espía se estremecía perceptiblemente al verle accionar el encendedor de gas. —Te recuerda lo de antes, ¿eh? —adivinó.

—Así es.

—Lamento haber representado ese papel de sádico, pero las circunstancias...

—Olvidalo.

—¿Quieres que te encienda un cigarrillo, Katia?

—No.

—¿No te apetece fumar?

—Sí, pero no puedo hacerlo con las manos atadas.

—Yo te lo pondré en los labios.

—No, gracias. Me sentiría como si tuviese los dos brazos amputados y sería una sensación horrible.

Bowman pareció vacilar.

—¿Prometes no intentar nada, si te suelto para que puedas fumarte el cigarrillo?

Katia no pudo disimular su alegría.

—No sólo prometo eso, sino darte un beso tremendo y odiarte ya muy poco, muy poco, muy poco ¡Apenas nada, vamos!

Bowman rió.

—Te soltaré —dijo, levantándose de la silla.

Desató a la espía, pero como ésta seguía con las manos esposadas a la espalda, el problema continuaba.

—Anda. Saca la llave de las esposas —pidió Katia, sin levantarse de la silla.

Bowman titubeó de nuevo.

—No sé si...

—He prometido no intentar nada, ¿no? —recordó ella.

—Sí, pero...

—Está bien, si no te fías de mí, átame de nuevo a la silla —rezongó Katia—. No puedo fumarme el cigarrillo con las manos esposadas a la espalda.

—De acuerdo, te las quitaré —accedió Bowman, y extrajo la llave de las esposas.

Se las quitó, porque en realidad formaba parte del plan.

Tenía que facilitar la huida a la espía.

Katia sonrió ampliamente al verse con las manos libres.

—Eres un gran tipo, Cliff.

—¿Ya no me odias?

—Muy poquito.

—¿Qué te apetece primero? ¿Fumarte el cigarrillo o darme el beso tremendo?

—¿Qué te apetece a ti?

—El beso, naturalmente.

—A mí también —dijo Katia, y le besó con mucho ardor.

Bowman la abrazó y comenzó a acariciarle los muslos.

La espía no protestó.

Le convenía que el jefe de los agentes de seguridad de la NASA

encargados de proteger al profesor Falkerburg se distrajera lo más posible, para poder arrebatarse la pistola automática que descansaba en la funda axilar. Bowman, naturalmente, le dio muchas facilidades.

La espía deslizó su mano derecha con gran disimulo y logró alcanzar el arma. La extrajo suavemente de la funda y, cuando ya la tuvo firmemente empuñada, le propinó un violento empujón a Cliff Bowman y lo tiró al suelo.

—¡Quieto, Cliff! —ordenó, apuntándole con la automática.

Bowman fingió llevarse una desagradable sorpresa.

—Habías prometido no intentar nada, Katia.

—Lo siento, pero he tenido que faltar a mi palabra. Es la única manera de salir de ésta.

—No podrás escapar. Hay muchos hombres vigilando la casa.

—Me dejarán pasar, porque te llevaré a ti como rehén y amenazaré con volarte la cabeza si intentas algo contra mí.

Bowman sonrió interiormente, porque eso precisamente era lo que esperaba que hiciera la espía: tomarlo como rehén. Su plan, hasta el momento, se estaba desarrollando a la perfección.

CAPÍTULO XI

Katia Tennant cogió su bolso, se aseguró de que la falsa barra de labios seguía en él y ordenó:

—En pie, Cliff. Y mucho cuidado, ¿eh? —advirtió—. Al menor movimiento sospechoso, no dudaré en disparar sobre ti.

—Si me liquidas, te quedarás sin rehén. Y eso no te conviene —respondió Bowman, irguiéndose con lentitud.

—Yo perderé un rehén, pero tú perderás la vida, así que aún te conviene menos que a mí que yo haga uso de este chisme.

—Tienes razón.

—Levanta las manos, date la vuelta, y camina despacio hacia la puerta —indicó la espía.

Bowman obedeció.

Cuando alcanzó la puerta, Katia preguntó:

—¿Hay alguien ahí fuera?

—Nelson y Oswald.

—Cuando abras la puerta, diles que se tiendan en el suelo, boca abajo, y que se pongan las manos en la nuca. Si no obedecen, me los cargaré a los dos.

—Se lo haré saber —dijo Bowman, y bajó una mano para abrir la puerta.

Nelson y Oswald ya estaban al tanto del plan de Cliff Bowman, al igual que el resto de los agentes de seguridad, pero fingieron sorprenderse al verle salir de la habitación con las manos en alto.

—¿Qué diablos...? —exclamó Nelson, llevándose la mano a la axila izquierda. Oswald le imitó, pero, antes de que llegaran a rozar sus armas, Bowman dijo:

—No hagáis tonterías, muchachos. La rubia logró sorprenderme y me está apuntando con mi propia pistola. Nos liquidará a los tres

si sacáis vuestras armas, así que echao al suelo y poneos las manos en la nuca. Es lo que ella quiere.

Nelson y Oswald, naturalmente, obedecieron.

Katia sonrió.

—Buenos chicos —dijo—. Pero seguid así, ¿eh? Si movéis un solo dedo, le incrustaré una bala en el espinazo a vuestro jefe y pasará a mejor vida.

—Es un ángel de cabellos rubios —dijo Bowman, con ironía.

La espía le empujó con la mano.

—Camina, Cliff.

Bowman echó a andar hacia la escalera.

Katia vigilaba a Nelson y Oswald, pero éstos, claro, no se movieron.

Bowman alcanzó la escalera y empezó a descender por ella, siempre con las manos en alto. La espía le seguía de cerca, sin dejar de apuntarle con la automática.

En el vestíbulo no había nadie.

Cliff y Katia lo cruzaron y alcanzaron la puerta.

Antes de salir, la espía dijo:

—Los hombres que vigilaban la casa tendrán que hacer lo mismo que Nelson y Oswald.

Si no obedecen, ya sabes lo que pasará.

—Obedecerán, descuida. Me estiman mucho.

—Afuera, vamos.

Bowman abrió la puerta y salió al exterior, con los brazos en alto y encañonado por Katia. Los agentes de seguridad que se movían por los alrededores de la casa se quedaron momentáneamente quietos, reflejando una sorpresa que parecía de lo más auténtica.

—Echaros todos al suelo y quedaros quietos —indicó Bowman—. Si alguno de vosotros intenta sacar el arma, la chica me liquidará.

—Y a varios de vosotros también —añadió Katia, con gesto decidido.

Los agentes de seguridad se tumbaron en el suelo y se quedaron inmóviles.

—Camina hacia el Mercedes-Benz —ordenó Katia.

Bowman obedeció, diciendo:

—¿No prefieres huir en el sedán?

—Déjate de bromas —gruñó la espía.

Bowman sonrió.

Demasiado sabía él que Katia huiría en el Mercedes Benz.

Por eso le había ordenado a Davidson que se ocultara en el maletero.

Y lo mismo le había ordenado a Lewis.

El maletero del Mercedes-Benz era muy espacioso y cabían los dos, aunque eso sí, muy encogidos.

Bowman estaba ya junto al coche.

—Siéntate al volante —ordenó Katia.

—¿Voy a conducir yo...? —fingió sorprenderse Bowman, porque la verdad es que ya contaba con ello.

—Naturalmente —asintió la espía—. Me conviene que mi rehén tenga las manos ocupadas. Y me conviene, también, tener las mías libres, por si me veo en la necesidad de usar tu pistola.

—Estás en todo, preciosa.

—Vamos, adentro —apremió Katia.

Bowman se sentó al volante del Mercedes-Benz y Katia, casi al mismo tiempo y sin perder de vista a los agentes de seguridad, se sentaba a su lado.

Manteniéndolo encañonado con la automática, ordenó.

—Diles que continúen así un buen rato. No quiero que nos sigan. Si lo hacen, me enfadaré y lo pagarás tú, Cliff.

—Entendido.

—Vamos, hálbales.

Bowman transmitió las palabras de la espía a los agentes de seguridad y preguntó:

—¿Qué más?

—Pon el coche en marcha y larguémonos.

—¿En qué dirección?

—Hacia la Bahía de Galveston.

* * *

El Mercedes Benz se había alejado ya varios kilómetros de la casa del profesor Falkerburg, en dirección a la Bahía de Galveston, como había indicado Katia Tennant. La espía miraba de vez en

cuando hacia atrás, para ver si eran seguidos por los agentes de seguridad de la NASA, pero todavía no había detectado ninguno.

—Parece que tus hombres te hicieron caso, Cliff.

—Son unos chicos muy obedientes —repuso Bowman, en tono irónico.

—Tú también te estás portando bien.

—A la fuerza, porque no dejas de apuntarme. Y te creo muy capaz de enviarme a criar gusanos si intento algo.

—No lo dudes ni por un momento.

—Bueno, al menos esto ha servido para que te quites la careta al fin. ¿O piensas seguir diciendo que eres una simple periodista y que trabajas para la revista «Mundo Futuro»...?

Katia sonrió.

—No, no soy periodista.

—Reconoces que eres una espía, ¿eh?

—Sí.

—Y que buscabas información sobre el «Proyecto Ulises».

—Así es. La buscaba... y la conseguí.

—¿Dónde llevas la droga que le echaste en la bebida al profesor Falkerburg?

—En la sortija. Dispone de un diminuto compartí miento secreto debajo del topacio.

—Qué chica tan lista.

—Mientras se hallaba bajo los efectos de la droga, el profesor Falkerburg me dio todos los detalles sobre el «Proyecto Ulises». Los tengo en mi mente. Fotografié, además, los documentos y las notas que, relacionados con ese fantástico proyecto espacial, llevaba en su portafolios.

—¿Y dónde llevabas la cámara fotográfica...? —preguntó Bowman, como si no lo supiera.

—Oculta en el interior del lápiz de labios.

—¡Increíble!

—Estudí muy bien mi plan antes de llevarlo a cabo.

—¿Para quién trabajas, Katia?

—Para un tal Tyrone Douglas.

—¿Y qué piensa hacer ese Tyrone Douglas con la información sobre el «Proyecto Ulises»?

—Vendérsela a los rusos a un alto precio.

—¿A los rusos?

—Sí. Pagarán lo que les pida por ella. Eso dice él, al menos. Y debe ser verdad, porque ese proyecto espacial es algo sencillamente fabuloso.

—Tú eres norteamericana, ¿verdad? —preguntó Bowman.

—Claro —asintió la espía.

—¿Y no te importa que los rusos...?

Katia se mordió el labio inferior.

—Me importa, sí. Pero hay algo que aún me importa más.

—¿El qué?

—La vida de mi madre.

—No te entiendo.

—Tyrone Douglas la tiene en su poder. Sus hombres la secuestraron antes de que él me propusiera el asunto. Douglas intuía que yo me negaría, y la utilizó para convencerme. Me dijo que mi madre moriría si yo no aceptaba el trabajo. Y que la matarían, igualmente, si yo fracasaba y lo confesaba todo... Si me atrapaban, como de hecho sucedió, tenía que negarme a hablar aunque me amenazaran, me golpeasen y me torturasen. La suerte de mi madre dependería de mi silencio.

—Ahora comprendo por qué mi papel de hombre sádico y desalmado no dio resultado.

—Estuve a punto de confesarlo todo cuando fingiste que te disponías a quemarme los pechos con mi propio encendedor, porque mi terror no tenía límites, pero pensé en mi madre y eso me dio valor. El que necesitaba para resignarme a ser torturada por ti.

Bowman detuvo el Mercedes Benz.

—¿Por qué te paras...? —exclamó Katia.

—Porque me apetece besarte —respondió Bowman, y la besó.

CAPÍTULO XII

Katia Tennant pensó que Cliff Bowman, con la excusa del beso, pretendía recuperar su automática y se apresuró a apartarlo de un empujón, gritando:

—¡Quieto o te dejo seco!

—¿Sólo porque siento deseos de besarte?

—¡Lo que tú quieres es arrebatarme el arma en un descuido, como hice yo contigo! —Te equivocas, Katia. Lo que yo quiero, en realidad, es ayudarte a rescatar a tu madre de las garras de Tyrone Douglas.

—¿Qué?

—No conozco a ese tipo, pero me consta que es un bicho. Y de los bichos siempre hay que esperar lo peor. Secuestró a tu madre para obligarte a obtener información sobre el «Proyecto Ulises», pero no creo que la deje en libertad cuando tú se la entregues. La matará de todas formas. Y te matará también a ti, para que jamás puedas decir a nadie que él lo planeó todo. Sólo así se sentirá seguro.

La espía vaciló.

—No creo que Tyrone Douglas haga eso —dijo, aunque sin demasiada convicción—. Además de la libertad de mi madre, me prometió una importante suma de dinero.

—¿Cuánto?

—Medio millón de dólares.

—Se lo ahorrará, no lo dudes. Le resultará más barato liquidaros a ti y a tu madre. Y se sentirá más seguro, como ya te he dicho antes. Una clara prueba de sus intenciones fue el ametrallamiento del sedán, segundos después de que regresáramos a la carretera. Los tipos del Dodge tenían orden, por lo visto, de liquidarte a ti si caías

en nuestras manos, para que no pudieras hablar. Recuerda que, si continuas viva, es gracias a mí.

Katia guardó silencio.

Bowman insistió:

—Ponte de nuestro lado, Katia. Tú no querías realizar el «trabajo», te obligaron a ello. Y no has matado a nadie. No te ocurrirá nada si decides ponerte de nuestra parte. Aún estás a tiempo. La espía movió la cabeza.

—Sería una equivocación. Aunque contara con tu ayuda, no lograríamos rescatar a mi madre. Tyrone Douglas tiene muchos hombres. No saldríamos vivos de su casa.

—No sólo contarás con mi ayuda, sino con la de Davidson y Lewis.

—Ellos no están aquí...

—Están más cerca de lo que tú crees.

Katia miró nerviosamente hacia atrás.

—¿Nos han seguido...?

—Sí.

—No los veo. ¿Dónde diablos están?

—Te lo diré si aceptas ponerte de nuestro lado y me devuelves la pistola.

La espía titubeó.

—Sigo pensando que sería un error.

—¿Qué te importa más, Katia? ¿El medio millón de dólares o la libertad de tu madre? —Lo segundo, por supuesto.

—Entonces, acepta nuestra ayuda. Sólo nosotros podemos salvar a tu madre. Y salvarte a ti también, Katia. Tu vida corre tanto peligro como la de ella.

La espía, tras unos segundos de reflexión, le devolvió la pistola automática y dijo:

—Me has convencido, Cliff.

* * *

Cliff Bowman sonrió y extrajo el cargador de su arma.

—Mira.

Katia Tennant respingó.

—¡No tenía balas!

—Todo fue una farsa, Katia. Te facilité deliberadamente la huida.

—¿Por qué?

—Para que nos condujeras hasta la gente que te había encargado la misión. Adiviné que me tomarías como rehén, para poder salir de la casa. Y que me harías conducir el coche. Llevándome contigo, evitabas que mis hombres te siguieran. Davidson y Lewis viajan ocultos en el maletero.

La espía se había quedado con la boca abierta.

—¡Dijiste que yo era lista, pero tú lo eres mucho más! —exclamó.

—Te ha gustado mi plan, ¿no?

—Hay algo que no entiendo, Cliff.

—¿El qué?

—¿Por qué insististe tanto en que yo me pusiera de vuestro lado? No me necesitabas para nada. La pistola no tenía balas, no podía utilizarla contra vosotros. Bowman le pasó el brazo por los hombros y la atrajo suavemente hacia sí.

—Es cierto que me gustas, Katia. Y cuando me contaste que habías sido obligada a realizar el «trabajo», comprendí que hay mucho bueno en ti. Arriesgaste tu vida por conseguir la libertad de tu madre y estabas dispuesta a dejarte torturar para que ella no muriera. Eso demuestra lo mucho que la quieres.

—Es todo lo que tengo.

—La salvaremos, te lo prometo.

—Si lo conseguimos, siempre estaré en deuda contigo.

—Te pasaré la factura, no te preocupes.

—¿En qué estás pensando, bribón?

—En lo mismo que tú —respondió Bowman, y la besó en los labios.

La espía no tuvo inconveniente en devolverle el beso.

Por su gusto, Bowman hubiese prolongado varios minutos aquella situación, pero se acordó de Davidson y Lewis, encogidos en el maletero del Mercedes-Benz, y se vio moralmente obligado a separar su boca de la de Katia.

—Lo siento, nena, pero tendremos que dejar la diversión para más tarde.

—De acuerdo —sonrió la espía.

—Ya no me odias, ¿verdad?

—Claro que no.

—Cuánto me alegro. Toma, carga tú la pistola mientras yo informo a Davidson y Lewis de que ahora estás con nosotros. Les alegrará saberlo.

—Bien.

Bowman descendió del coche, fue a la parte trasera, y abrió el maletero, que no estaba totalmente cerrado, sino que quedaba una pequeña grieta para que Davidson y Lewis pudieran respirar.

Los dos esgrimían sus armas e, instintivamente, apuntaron a Bowman cuando éste levantó la tapa del maletero.

—Tranquilos que soy yo —dijo Cliff, con una leve sonrisa.

—¿Qué ha pasado, Bowman? —inquirió Lewis.

—¿Dónde está la espía? —preguntó Davidson.

—Cargando mi pistola —respondió Cliff.

Davidson y Lewis respingaron a dúo.

—¿Cargando tu pistola...? —exclamó el primero.

—¿Lo ha descubierto todo? —preguntó el segundo.

Bowman, en pocas palabras, puso al corriente a sus compañeros, quienes, efectivamente, se alegraron de que Katia estuviera ahora de su lado.

—Es tan guapa... —comentó Davidson.

—Y está tan buena... —añadió Lewis.

Cliff les arreó un pescozón a cada uno.

—No es momento de pensar en eso, sino en darle su merecido a Tyrone Douglas y rescatar a la madre de Katia.

—Tienes razón, Bowman —carraspeó Davidson.

—No hagáis ruido, ¿eh? No quiero que os descubran antes de tiempo.

—¿Cómo vamos a hacer ruido si no podemos movernos? —masculló Davidson—. Empiezo a sentir complejo de salchicha.

—Y yo —rezongó Lewis.

Cliff sonrió.

—Aguantad un poco más, muchachos. La Bahía de Galveston queda ya cerca —dijo, y bajó la tapa del maletero, dejando nuevamente una delgada grieta, para que no les faltara el aire a sus compañeros.

Después, volvió a sentarse al volante del Mercedes-Benz.

Katia había llenado ya el cargador de la pistola automática con las balas que le facilitara Bowman. Se lo colocó y le ofreció el arma, diciendo:

—Ya está.

—Tienes que empuñarla tú, Katia. Y apuntarme con ella, para que los hombres de Tyrone Douglas crean que soy realmente un rehén.

—De acuerdo.

—Yo también voy armado, no temas...

—¿De veras...?

Bowman se levantó la pernera del pantalón y mostró el revólver calibre 38 que llevaba sujeto a la pierna.

—¿Lo ves?

La espía movió la cabeza.

—Eres un diablo, Cliff.

—Hay que pensar en todo, nena.

—Pues hay que hacer algo más.

—¿El qué?

—Destruir lo que hay dentro, por si algo sale mal —sugirió Katia, sacando del bolso la falsa barra de labios.

—No es necesario. Ya me encargué yo de quitar la película —informó Bowman. La espía se quedó perpleja.

—¿Sabías que...?

—Sí. Lo descubrí, aunque preferí no decirte nada.

—Lo que a ti se te escape...

Bowman rió, la besó fugazmente y puso el coche en movimiento.

CAPÍTULO XIII

Tyrone Douglas contaba cuarenta y tres años de edad. Era un tipo de mediana estatura, más bien grueso, con bigote. Un bigote grande y espeso, que le cubría materialmente la raja bucal.

Paseaba nerviosamente por el magnífico salón, con un fenomenal puro entre los dientes y las manos a la espalda. Rex Maughan, su hombre de confianza, le observaba en silencio.

Maughan tenía treinta y cuatro años, una estatura elevada, y una complexión poderosa, ya que todo eran músculos. Era bastante feo de cara, pero resultaba un tipo tremendamente eficaz, ya que carecía por completo de escrúpulos y realizaba sin rechistar cualquier cosa que Tyrone Douglas le indicara.

—Ya le habrán interrogado, ¿verdad? —rezongó Douglas.

—Supongo que sí —respondió Maughan.

—¿Les habrá dicho algo?

—Esperemos que no.

Tyrone Douglas, que no había interrumpido su nervioso paseo, comentó:

—Katia es una chica valiente. Creo que no confesará, aunque la amenacen y maltraten. Sabe que la vida de su madre depende de ello. Eso le dará fuerzas para resistir cualquier tipo de tortura.

—Fue una lástima que Arden, Silvers y Porter fracasaran —repuso Maughan—. Si hubieran acabado con los agentes de seguridad de la NASA que atraparon a Katia, y con la propia Katia, ahora no tendríamos que ocuparnos de nada.

Douglas se detuvo, se quitó el cigarro de la boca y miró a su hombre de confianza.

—Me queda una esperanza, Maughan.

—¿Cuál?

—Que Katia consiga escapar.

—Eso lo veo difícil.

—Katia es una chica muy lista. Y muy hermosa. Si tiene oportunidad, hará uso de sus encantos y embaucará a quien sea, con el único propósito de lograr la huida.

—Los agentes de seguridad de la NASA no son tontos, señor Douglas.

—Pero son hombres, Maughan. Y cuando una mujer como Katia se pone en plan conquistador...

—Ojalá lo consiga. Aunque su suerte, de todos modos, está echada.

—Es cierto. Si logra escapar, encontrará la muerte en esta casa. Como su madre. Tú personalmente te encargarás de las dos. Cuando Katia nos haya facilitado toda la información sobre el «Proyecto Ulises», claro.

Maughan sonrió ligeramente.

—Me gustará más encargarme de la hija que de la madre, señor Douglas.

—¿Por qué?

—¿No lo adivina?

Tyrone Douglas se echó a reír.

—¡Eres un bribón, Maughan!

Éste rió también.

—Katia está tremenda, señor Douglas. Y sería una pena no disfrutar de un cuerpo como el suyo, antes de quitarle la vida.

—¡Tiene mucha razón!

Douglas y Maughan siguieron hablando de Katia Tennant, sin sospechar que ésta se hallaba ya a menos de un kilómetro de la hermosa casa que Tyrone Douglas poseía en la Bahía de Galveston, a sólo cincuenta metros del mar.

* * *

El Mercedes Benz seguía aproximándose a la casa de Tyrone Douglas, conducido por Cliff Bowman.

—Estamos llegando, Cliff —dijo Katia Tennant.

—Procura no perder la serenidad, ¿eh?

—Descuida. No se me notará que ahora estoy de vuestra parte.

—El momento más peligroso será el de nuestra llegada —advirtió Bowman—. Si logramos engañar a los hombres de Tyrone Douglas, habremos dado un gran paso. En cambio, si sospechan algo, dispararán sobre nosotros sin vacilar. Sobre mí, al menos.

—Confiemos en que no. Mira, ésa es la casa de Tyrone Douglas —señaló la espía.

—Pon cara de mujer mala. —Y tú de rehén asustado.

Sonrieron los dos, pero brevemente, porque en seguida adoptaron cada uno el gesto que les correspondía.

La casa de Tyrone Douglas, bien iluminada, se veía perfectamente. Y se veían también los hombres que la vigilaban. Eran bastantes y casi todos armados con metralletas. La aparición del Mercedes Benz les puso en guardia a todos, y por un momento pareció que algunas de las metralletas iban a abrir fuego contra el vehículo.

Katia se dejó oír.

—¡Tranquilos, muchachos! ¡Soy yo!

—¡Es Katia! —exclamó uno de los tipos.

—¡He logrado mi objetivo y traigo como rehén a un agente de seguridad de la NASA!

—¿Será posible...? —exclamó otro tipo.

—¡Para el coche, amigo! —ordenó Katia, que no dejaba de apuntar a Cliff con la automática.

Bowman detuvo el Mercedes-Benz, que inmediata mente fue rodeado por los hombres de Tyrone Douglas. Uno de ellos abrió la puerta del conductor y ladró:

—¡Afuera, compañero!

Bowman salió del coche con gesto preocupado, porque así lo requería su papel. Varias metralletas y alguna que otra pistola automática le encañonaron pero, afortunadamente, ninguna de las armas entró en acción.

Katia salió también del vehículo, en cuyo maletero, por fortuna, nadie parecía reparar. Davidson y Lewis estaban preparados ya para abandonar su escondite y emprenderla a tiros con la gente de Tyrone Douglas.

—¡Te vamos a llenar el cuerpo de agujeros, amigo! —dijo uno de los individuos que esgrimían metralletas.

—¡Todavía no, muchachos! —pidió Katia—. ¡Antes quiero

hablar con Tyrone Douglas! Entremos en la casa.

Los tipos reprimieron sus deseos de convertir en un colador al agente de seguridad de la NASA, que fue obligado a caminar hacia la casa, momento que aprovecharon Davidson y Lewis para salir silenciosamente del maletero del Mercedes-Benz.

La totalidad de los hombres de Tyrone Douglas se hallaban pendientes de Cliff Bowman, así que no descubrieron a los dos agentes de seguridad que habían surgido del maletero.

Davidson y Lewis se protegieron tras el Mercedes Benz y comenzaron a disparar contra los hombres de Tyrone Douglas.

Los tipos que no resultaron alcanzados por los primeros disparos, se revolvieron con rapidez y respondieron al fuego de la pareja de agentes de seguridad de la NASA, olvidándose por completo de Cliff Bowman, quien aprovechó el momento para arrojar al suelo y empuñar el revólver que llevaba oculto bajo la pernera del pantalón.

Katia se echó también al suelo y comenzó a disparar con la automática de Cliff. Entre los dos, abatieron a cuatro o cinco enemigos.

Los hombres de Tyrone Douglas, pillados entre dos fuegos y sin protección, poco pudieron hacer y se fueron todos al otro mundo en muy poco tiempo.

Bowman se irguió con rapidez y se hizo con una de las metralletas de los muertos.

—¡A la casa, rápido! —gritó.

Davidson y Lewis salieron de detrás del Mercedes-Benz, absolutamente ilesos los dos, y corrieron hacia la casa.

Katia se había puesto también en pie.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó Bowman.

—Perfectamente.

—Vamos.

El estruendo de los disparos, naturalmente, había llegado hasta el salón, alarmando a Tyrone Douglas.

—¡Parece la guerra! —exclamó, haciendo un gallo con la voz.

—¡Quédese aquí, señor Douglas! —indicó Rex Maughan, echando mano de la *Parabellum* que llevaba bajo la axila izquierda.

Se lanzó hacia la puerta y desapareció por ella como una exhalación.

Douglas no quiso quedarse solo y abandonó también el salón, aunque él no se dirigió a la puerta de la casa, como Maughan, sino hacia su despacho.

Antes de que Maughan alcanzara la puerta, irrumpieron en la casa Cliff Bowman, Katia Tennant, Davidson y Lewis. Maughan los vio y disparó sobre ellos.

—¡Cuidado! —gritó Cliff, empujando a Katia con el hombro y soltando una ráfaga de metralla al mismo tiempo.

Davidson y Lewis también dispararon sobre el hombre de confianza de Tyrone Douglas, pero las balas de Bowman le alcanzaron antes y lo partieron prácticamente en dos. Entretanto, Douglas había llegado a su despacho, entrando en él a toda prisa, y empuñando la pistola que guardaba en el cajón de su mesa.

Era una
Smith & Wesson.

Douglas intuía que la iba a necesitar.

Estaba pálido de miedo y le temblaba hasta el mostacho.

Desde su despacho, siguió oyendo los disparos, pero ahora sonaban dentro de la casa. Douglas apuntó hacia la puerta, adivinando que de un instante a otro iba a entrar alguien.

Y no se equivocó.

Tan sólo unos segundos después, la puerta era abierta de un patadón por Davidson, pero fue Lewis quien disparó sobre Tyrone Douglas, cuando ya éste accionaba el gatillo del arma.

Douglas falló su disparo, pero Lewis, que tenía mucha mejor puntería y el pulso firme, supo alojarle un par de plomos en el pecho y mandarlo al infierno.

Fue el final de la lucha, pues ya no quedaba nadie más con vida en la casa. Solamente la madre de Katia, que se hallaba encerrada en una habitación de la planta superior. Y Cliff y Katia ya estaban subiendo las escaleras.

EPÍLOGO

Cliff y Katia no tardaron en encontrar a la madre de ésta, que se hallaba en perfecto estado físico, aunque terriblemente asustada por los muchos disparos que había escuchado.

—¡Mamá! —gritó la espía al verla.

—¡Katia, hija mía! —exclamó la mujer, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos.

Se fundieron las dos en un emotivo abrazo.

—¡Estás salvada, mamá!

—¡Gracias a Dios!

—A Dios... y a este hombre —dijo Katia, mirando a Cliff.

Su madre le miró también.

—¿Quién es, hija?

—Se llama Cliff Bowman. Yo le odiaba, pero ahora le quiero.

—Si tú le quieres, yo también —dijo su madre, y abrazó y besó al agente de seguridad de la NASA, emocionada.

Poco después abandonaron los tres la habitación y se reunían con Davidson y Lewis en el vestíbulo.

—Tyrone Douglas ha muerto, Bowman —comunicó Davidson.

—No lo siento en absoluto —confesó Cliff.

—Ni yo —dijo Katia.

—Salgamos de aquí —indicó Bowman.

Instantes después se alejaban los cinco en el Mercedes-Benz.

Lo conducía Bowman y lo llevó directamente a la casa del profesor Falkerburg. Una vez en ella, y en presencia de Katia y de su madre, Bowman informó de todo al científico. John Falkerburg se alegró enormemente de que Katia hubiera decidido traicionar a Tyrone Douglas y hubiese contribuido a acabar con él y su gente.

—Su comportamiento es digno de elogio, Katia.

—Gracias, profesor. Y perdóneme usted por haberle drogado.

—Se vio obligada a ello, así que está perdonada.

Como era ya muy tarde, el científico sugirió que Katia y su madre durmiesen en su casa.

—Hay habitaciones de sobra —aseguró.

Katia y su madre aceptaron. Bowman se preocupó de acompañarlas al piso alto. La madre de Katia fue la primera en quedar instalada.

—Ésta para ti, Katia —dijo Bowman, abriendo la habitación contigua.

—Entra conmigo, Cliff —pidió la espía.

—¿Para qué?

—Quiero que me cachees de nuevo —explicó Katia, con maliciosa sonrisa.

—Encantado.

Entraron en la habitación. Bowman cerró la puerta, y abrazó a Katia.

—No sé si podré hacer el amor contigo, ¿sabes?

—¿Por qué?

—No me he recuperado totalmente del rodillazo que me diste. Si te fallo, la culpa será tuya.

—Lo lamento de veras, aunque estoy segura de que no fallarás jamás. Eres tú muy hombre, Cliff.

Bowman le acarició el rostro.

—¿Es verdad que me quieres, Katia?

—Sí, me he enamorado de ti.

—La espía que me odiaba, ahora me ama. Qué cosas ocurren.

—Tú también me quieres, ¿verdad, Cliff?

—Sí. Siento lo mismo que tú. Por eso creo que debemos unir nuestras vidas.

—Estoy de acuerdo.

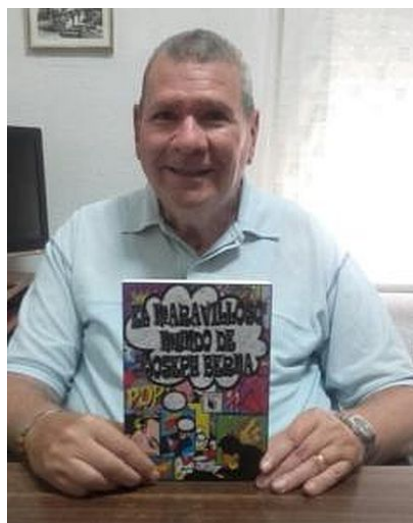
Se besaron.

Larga y ardorosamente.

Escasos minutos después yacían los dos en la cama, desnudos.

Y Cliff, a pesar del rodillazo, pudo hacer suya a Katia, la espía que le había odiado, pero que ahora le quería como jamás había querido a nadie.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».